

## EN HOMENAJE A MARIO BENEDETTI



*El 17 de mayo pasado dejó de existir Mario Benedetti, entrañable compañero. A continuación publicamos textos que admiradores y amigos nos han hecho llegar, y son solo parte de los muchos reconocimientos que recibirá el gran escritor, el gran ser humano.*

EDUARDO GALEANO

¿Qué podía decir de Mario, que no haya sido dicho?  
Y nada dije cuando murió, porque el dolor se dice callando.

Pero sí quisiera agradecer a los dioses y a los diablos que me hayan otorgado el privilegio de ser su amigo.

Mario fue el más generoso de todos los escritores que conocí. Los triunfos de los demás escritores no le provocaban un ataque al hígado, y en cambio le daban alegría. Increíble. Paradójicamente, sus colegas nunca le perdonaron el éxito.

Como se sabe, los escritores ocupamos la jaula de los pavos reales en el zoológico universal, y Mario fue un bicho raro.

Un famoso humilde: él nunca se creyó Mario Benedetti. **C**

MARGARET RANDALL


Mario Benedetti, fue y es, para todos nosotros, amigo, voz interior, grito, canción y memoria. Cuando falleció, mis hijos y yo intercambiamos, espontáneamente, los textos suyos que más nos han tocado... así releímos *A la izquierda del roble*, *El jardín botánico* y otros... líneas memorizadas casi sin darnos cuenta en la juventud de ellos y la de los primeros años de mi mayoría... Lo vi por última vez en Montevideo hace dos años. Almorzamos y nos abrazamos. Intuimos que quizá no nos veríamos más, y agradecemos la oportunidad de esa última despedida. Todos fuimos enriquecidos por ese hombre tan tierno como acertado, que finalmente fue a reunirse con su amada Luz. Hasta la victoria, Mario, hasta que nos volvamos a ver. **C**

WILLIE SCHAVELZON

A Mario Benedetti

Querido Mario,

Hace ya cuarenta y cuatro años que nos conocimos, jugando al pimpón en un hotel en La Habana. Durante este largo tiempo anduvimos juntos, como tu editor en la Argentina, en México y en España, luego como tu agente, y siempre como lector y como tu amigo. ¡Cómo extrañaré los 14 de septiembre de cada año, el día en que jugábamos a ver quién era el primero en llamar al otro para desearle feliz cumpleaños! Tu vida ha sido una enseñanza de amistad y de ética; tu invariable posición frente a la vida y a la política ha sido un modelo para mí y para cientos de miles de lectores, que te seguimos queriendo, te seguimos leyendo y para quienes seguirás siendo siempre un ejemplo de humildad y coherencia intelectual. Me siento tan orgulloso de la amistad y la confianza que me otorgaste... Mario, ¡cómo te echaré de menos! El mundo, hoy más que nunca, necesita de gente como tú. Desde ahora, todos estaremos mucho más huérfanos. Con todo mi cariño y mucha tristeza, te despido con un gran abrazo.

Barcelona, 17 de mayo de 2009 

HORACIO VERZI

Queridos todos en la Casa: un homenaje tan bien merecido a este hombre y a este artista, ejemplo de coherencia, que bien ganado tiene el lugar que ocupa en los corazones de tantos uruguayos y latinoamericanos y españoles, se vería empañado si me pusiera ahora a pergeñar unas líneas sobre su vida y su obra, no alcanzarían los quilates mínimos necesarios. Desde mi radicación en Punta del Este se me han desvanecido muchos vínculos (aunque apenas estamos a ciento cuarenta kilómetros de Montevideo); en el caso de Mario, probablemente unos diez años que no lo veía, salvo alguna que otra vez en una pantalla de televisión, y fugazmente (por última vez cuando fui al Palacio Legislativo y pasé ante su ataúd en no más de treinta segundos, porque la fila era larguísima). Mi corazón está con él y con ustedes, pero en este momento no sabría decir algo de su obra y vida que no fuera caer en lugares comunes, archisabidos, trillados (y en el peor de los casos, en una expresión que sonaría forzada y falsa y, por tanto, de mal gusto). Lo que siempre más me ha admirado de él ha sido la coherencia en sus ideas y en sus actos (y según recordamos en expresión de un célebre escritor, los actos son nuestro símbolo), que le impidió deslizarse por oropeles dudosos, ni se dejó tentar por vellocinos espurios o mejores postores; de manera que en mi caso, por ahora, es preferible que lo siga teniendo en mis sentimientos y dejar que la palabra, siempre esquiva, me llegue naturalmente, en el momento oportuno, sin premuras (prefiero leer, y sentirme más rico, con «bellas palabras calificativas» que sobre él sabrán decir tantos artistas que trabajaron a su lado y lo acompañaron, que permitir que de mí salga una disonancia).

Con un fuerte abrazo a todos en la Casa, siempre los llevo en mi corazón. 

ISIDORA AGUIRRE

Agradezco de corazón las numerosas invitaciones de la Casa de las Américas, como jurado de teatro y otros eventos, que me permitieron no solo conocer, sino estar muy a menudo en compañía del gran poeta, escritor y adorable persona que era Mario Benedetti. Imborrable para mí es su sonrisa bondadosa (que ha de estar aún flotando en el comedor del Hotel Nacional desde donde la divisaba a diario). Bondad y sonrisa muy particular que delatan no a una persona cualquiera sino a alguien que vivió con sabiduría, sin transar en sus nobles ideales. A su obra literaria se referirán otros, yo me quedo con la estampa de aquel ser, admirado y querido por todos. Una de esas personas a las que es un privilegio conocer y que quedan en la memoria inseparable de sus escritos para que sigamos entregándoles nuestro cariño. ©

CARMEN ALEMANY BAY

## Carta abierta a Mario Benedetti. Dirección: el sur del alma

Querido Mario: hoy me toca escribirte una carta. Lo nuestro, en los últimos años, ha sido el correo electrónico y las llamadas telefónicas, pero el asunto que hoy nos convoca es largo. El problema es que no te puedo mandar estas palabras a tu dirección de siempre, y no sé a dónde remitírtelas, pero estoy segura de que estarás en el sur, en ese sur en el que siempre te has obstinado. José Carlos Rovira me dio la noticia de tu muerte por teléfono el 17 de mayo, a media noche; Reme Mataix me confirmó, mediante un mensaje de móvil, que te habías ido de entre nosotros. Pasé la noche entre insomnios y duermevelas, como el título de uno de tus libros; pero tú no podías irte así. Por la mañana abrí mi correo, tras días de descanso electrónico, y entre las condolencias encontré, más abajo, siempre al sur, un correo tuyo, del miércoles 13 a las 16:14h., que me enviabas a través de tu entrañable secretario Ariel Silva. Asunto: Gracias. Texto:

«Querida Carmen,

Gracias por estar pendiente de Mario. Por suerte ya «en casita» vemos las cosas de otra forma. Mario se recupera lentamente. Muy emotivo tu relato, también para nosotros. Besos de Mario y Ariel».

Gracias por despedirte sin notarlo, pero ya sabes que solo te has ido físicamente, en mi corazón sigues estando muy presente. Hoy me toca escribir unas palabras sobre ti para muchos que te han querido como yo, y otros que te adorarán sin conocerte.

Te transcribo el texto y dame tu más sincera opinión.

Mario Benedetti es un referente indiscutible de la literatura latinoamericana de los últimos cincuenta años. Es poeta, narrador, crítico literario, ensayista, dramaturgo, periodista, e incluso se ha ejercitado como actor circunstancial en la película argentina *El lado oscuro del corazón* (1992), donde recita algunos de sus versos en alemán. Como ha dicho en alguna ocasión, «no, no estoy arrepentido de ser, mal que bien, un escritor; entre otras razones, porque creo que no habría podido no serlo». Sus

poemas son recitados de memoria por miles de jóvenes, y no tan jóvenes, que acuden sin reservas a escuchar sus recitales y a unir su voz a la del autor; y es que el escritor uruguayo se siente, sobre todo, poeta: «La poesía es el género en que yo creo expresarme mejor. Aunque la crítica generalmente no es de esa opinión, es el género donde estoy más cómodo y del cual me siento más cerca». Muchos de sus poemas forman parte del repertorio de los más variados cantautores: Daniel Viglietti, Nacha Guevara, Alberto Favero, Joan Manuel Serrat, Pablo Milanés, Soledad Bravo y un largo etcétera; lo cual no es de extrañar, porque para este uruguayo la poesía debe rescatar su carácter primigenio, el de la canción.

No cabe duda de que nuestro escritor ha sabido pulsar la tecla adecuada para que su mensaje llegue a todo aquel que quiera escuchar. Sin dilación ha buscado desde sus primeras publicaciones que su comunicación con el lector sea lo más efectiva posible –*aludirlo* y no *eludirlo*, como ha repetido en numerosas ocasiones–, y por ello ha convertido la realidad en el eje de su obra. Nadie como el autor uruguayo ha apelado con tanta frecuencia y tan explícitamente al «lector-mi-prójimo», y si nos sentimos atrapados por sus escritos es porque el escritor uruguayo se mueve siempre en un tiempo y en un ámbito reales; aunque esporádicamente, en algunos de sus relatos, incursione en lo fantástico. Como ha insistido en numerosas ocasiones, él escribe para el lector de hoy, para su más próximo-prójimo, y con este afán profundiza sobre lo real, aunque esta realidad sea siempre vista por el autor –y en su caso por sus personajes– como materia cuestionable y nunca como mera aceptación. En esta voluntariosa y siempre presente relación con el lector, Mario Benedetti deja claro que el buen escritor ha de ser un provocador, un exigente provocador; y esta decisión le lleva también a utilizar un código accesible, a crear un lenguaje poética, narrativa o ensayísticamente inteligible. Una sencillez cercana a lo coloquial en la que nunca se pierde la calidad de estilo que se le pide a la literatura.

Una actitud como esta lo ha llevado a tener numerosos detractores que denuncian, por razones estéticas y a veces políticas, la obsesión benedettiana de hablar claro, de hurgar en cuestiones fundamentales e incluso incómodas. Lo han tachado de maniqueísta, de demagogo, de dividir taxativamente entre el bien y el mal, de dejarse llevar por la obviedad o por el ideologismo; pero su respuesta ha sido la de trabajar incansablemente en pro de la literatura.

Mario Benedetti, escritor e intelectual de su tiempo, de nuestro tiempo en definitiva, propugna una búsqueda esperanzada –un optimismo a ultranza– con el que el lector común se identifica; pero el poeta tampoco pretende, desde la situación de quien sin duda convence con hermosos y contagiosos versos, con divertidos o críticos relatos, adoctrinar. Desde un espíritu combativo y perseverante, no lejano de lo utópico, busca revelar lo vivido y a través de esta revelación contextualiza la propia vivencia personal en el marco de la historia de su país o de otros países con similares circunstancias. Este modo de escribir se convertirá en uno de los más aptos para la hermosa labor que alguna vez se asignó Mario Benedetti como hombre y como escritor: la de «reclutador de prójimos».

Seguro que estás susurrando que es demasiado, que a ti no te gusta tanta adulación; pero no lo es, ahí está lo que tú eres, al menos lo que yo modestamente creo que tú eres. Disculpa, aún no he terminado, voy a concluir con ese poema que tú sabes lo mucho que me gusta y que escribiste tras la muerte de Luz, de nuestra Luz, que nos dejó con su modestia a cuestras el 13 de abril de hace tres años:

«Epílogo»

*Antes de su final inmerecido  
Luz abrió por última vez sus ojos  
y su mirada fue una despedida*

*nunca podré olvidar  
esos ojos tan míos  
resumiendo una vida  
dando un amor postrero  
más o menos consciente  
del temblor de mis manos*

*de ahora en adelante  
aunque comparta el tiempo con cercanos  
con los míos de siempre  
y pregunte y responda y hasta ría  
mi alma estará sola en su guarida  
con su resignación involuntaria  
rodeada de memorias imborrables  
e insomnios invadidos de tristeza*

*y así una noche llegaré en silencio  
al borde de mi último destino*

Ya me estás haciendo llorar, eres incorregible. Mario, no olvides contestarme, espero con ansia tu respuesta. Tenemos pendiente una tortilla española, ya sabes que tengo buena mano para ello, y un buen vino español, yo lo pago, no insistas. *Ciao*, amigo, no te demores, que empezaré a desconfiar de tu puntualidad alemana. **C**



Panorama actual de la literatura latinoamericana, Casa de las Américas, 1968. MARIO BENEDETTI, JOSÉ MARÍA ARGUEDAS y ALEJANDRO ROMUALDO

ÓSCAR COLLAZOS

## El Benedetti que recuerdo

Desde la muerte de Pablo Neruda (1904-1973), no se conocía en la América Latina tanta pena y fervor ante la muerte de un poeta. No creo que Uruguay haya conocido en la historia cultural del último siglo la rara identificación del país con la figura de un escritor. Esa identificación la produjo el fallecimiento de Mario Benedetti (1920-2009).

No era, seguramente, el más grande de los escritores uruguayos. El inagotable y escéptico Juan Carlos Onetti (1908-1994) y su predecesor, Felisberto Hernández (1902-1963), volaron más alto y con mayor densidad en la literatura de su país y de la América Latina. El mismo Benedetti habría aceptado que, detrás de él, en generaciones sucesivas y a manera de enseñanza magistral, se elevaban las obras de Hernández y Onetti y la gran poesía de su contemporánea Idea Vilariño.

La popularidad de Benedetti recordaba a veces la gloria que disfrutó en vida Juana de Ibarbourou, esa «Juana de América» que despertó la unanimidad de grandes como Alfonso Reyes. Tal vez Herrera y Reissig haya gozado de igual fervor, algo que era común entre los modernistas, con Rubén Darío a la cabeza, en el tránsito del siglo XIX al XX.

Es curioso que a Benedetti no lo hayan sentado nunca en uno de los sillones vacíos del *boom* de la novela latinoamericana de los años 60 y 70. Ni siquiera ocupó el sillón disponible en el que, según José Donoso, se sentaban por breves temporadas los «excluidos» de ese club social. Cuando lo conocí, en enero de 1969, me concedió el inmerecido privilegio de reemplazarlo durante dos años en la dirección del Centro de Investigaciones Literarias de la Casa de las Américas de La Habana. Regresaba al convulsionado Uruguay de la época a formar parte del Frente Amplio, el partido de izquierda que, casi cuarenta años después (un después que atravesó el infierno de las dictaduras militares), asumió el poder en la República Oriental del Uruguay.

En ese entonces, Mario se situaba en los extramuros del *boom*, aunque sus cuentos de *Montevideanos* y sus novelas *La tregua* y *Gracias por el fuego* podrían haber estado muy cerca de las que distinguieron a otros grandes escritores de su generación. Para ser fiel a las experimentaciones


formales de la década, escribió y publicó una preciosa novelita en verso, *El cumpleaños de Juan Ángel*.

Como ensayista, fue uno de los primeros en advertir, con sus contemporáneos Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal, que algo muy grande se estaba cocinando en la literatura latinoamericana de aquellos años. Sus ensayos de *Letras del continente mestizo* dieron cuenta de la mejor narrativa latinoamericana contemporánea, pero Benedetti fue más un anfitrión que un huésped de los novelistas consagrados en aquella época.

La poesía fue el género que le empezó a dar popularidad. Versos sencillos, cotidianos, como conversados, reveladores de sentimientos inmortales como el amor, la amistad y la solidaridad, empezaron a salir a borbotones desde los años 70, tocados por la fraternidad del exilio y un sentido elemental pero inquebrantable de la justicia, que en Benedetti fue un compromiso con la ética civil de los escritores.

Tengo amigos –excelentes escritores– que no gustaron nunca de esta poesía, cada vez más multitudinaria, escrita para ser cantada o dicha en la intimidad. El tango y el bolero –géneros musicales de la cultura popular que no mueren con la moda– tienen en esta poesía cierta familiaridad. Comprensible. No sé si esos innumerables libros y esos centenares de poemas alcanzarán la inmortalidad, pero estoy seguro de que muchos de esos versos seguirán siendo dichos y cantados, como hoy se dicen y se cantan *Los versos del capitán* y *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, de Neruda.

Benedetti sabía que escribía para un hoy que, como relámpago, iluminaría por breve tiempo el corazón y los sentidos de quienes lo leyeran. Es probable que, pasado el tiempo, vuelvan a ser dichos por los enamorados que hoy los memorizan y repiten. Alcanzó así una inmensa popularidad entre los lectores del idioma. Tal vez por eso no dejó de escribir a ritmo de vértigo, abandonando poco a poco los rigores y el largo aliento de las novelas.

Sabía que tenía un público que coreaba con él sus poemas, en los que abundaban las instrucciones para seducir, amar, olvidar, ser fraterno y solidario y volver tolerable el sufrimiento. Benedetti podría haber hecho suya la confesión de don Antonio Machado: «Soy, en el buen sentido de la palabra, bueno». 

VÍCTOR CASAUS

## A / por / para / con Benedetti

Seguramente tiene razón Galeano cuando escribe a propósito de la muerte de Mario Benedetti: «yo no solo soy enemigo de la inflación monetaria, sino también de la inflación “palabraria”. Y me parece que el dolor se dice callando». Así de caudalosos –de estériles– pueden ser, en casos como este, los ríos de la retórica.

Pero de todas formas me ha impresionado que en estos días hayan navegado por las aguas procelosas del ciberespacio y por las emisoras radiales y por los boletines urgentes tantas palabras emocionadas que recuerdan, a su vez, la palabra imaginativa y clara, alumbradora y comunicativa de Benedetti. Esta emocionada persistencia en la recordación de sus poemas íntimos y sociales a la vez, de su poesía acompañando a la canción o siendo la canción misma, me trajeron –memoria de vuelta– la imagen del poeta en dos o tres momentos que parecían perdidos entre los recuerdos personales.

No se refieren a instantes trascendentales de la historia –de ninguna historia–, pero traen, en su sencillez irradiadora, algo de lo mucho que quisimos y queremos en este hermano mayor en la poesía, en este compañero fiel y libertario ante los devenires, los avatares y los naufragios parciales de la utopía compartida. En una de esas imágenes, quizá la primera en el recuerdo, se cruza casi inadvertidamente con Silvio a la entrada de la Casa de las Américas: el trovador va de pantalón oscuro y camisa blanca con mangas recogidas, guitarra en mano, y se saluda con el poeta que al parecer enfilará sus pasos breves y su mirada tímida por la calle G. Lo recuerdo seguramente porque es una imagen filmada que después he visto muchas veces: en el sitio correspondiente a la subjetiva está el camarógrafo del Noticiero Icaic Latinoamericano, enviado por Santiago Álvarez para recoger la imagen del trovador, en tiempos en que esa imagen no era bien acogida en otros medios y espacios culturales. Benedetti vivía su época de exilio doloroso pero humana y literariamente fecundo en La Habana de aquellos días.

En la segunda imagen/recuerdo que sobrevuela los largos atardeceres del lugar donde estoy por estos días se mezclan, como debe ser, la poesía y la canción mientras Benedetti alterna sueños y propuestas con la grave voz de Daniel Viglietti y juntos, sin saberlo, hacen florecer amores o proyectos de amores que después lo serán entre los jóvenes que han ocupado la amplísima sala para escucharlos, para vivir en sus palabras, en sus músicas, las historias que esas voces de acentos similares les inventan, les anuncian, les revelan.

En la otra imagen aparece el poeta a todo color, sobre la cartulina impresa un poco opacada por el tiempo, mirando a la cámara fotográfica con la misma mirada tímida después de oírme decir, desde el otro lado de la mesa de este café Nebraska de Madrid en el que me ha citado, que queremos que nos acompañe, entre los primeros, en el Círculo de Amigos de ese centro cultural que estamos creando en La Habana de los 90. Allí me ha dicho que reparte su tiempo entre aquella capital y Montevideo, jugándole cabeza al invierno que quisiera sorprenderlo en la geografía equivocada.

Allí ha escrito, con su prosa periodística que acompañó siempre al ejercicio de su oficio mayor, el de poeta, artículos y crónicas contando cosas de nuestra realidad latinoamericana que él había vivido/sufrido como pocos, como tantos, en aquellos años terribles. Así lo recuerdo en una carta memorable en la que anunciaba que no continuaría colaborando en aquella publicación donde lo hacía, ante los ataques lanzados por la xenofobia (anti)cultural del momento, señaladora de sudacas, desde los territorios sesgados de la mediocridad. Por esa y otras muchas coherencias éticas, valentías de la razón y de la poesía, lo admiramos los jóvenes escritores que por entonces descubrimos a partir de sus textos (como de los de otros inolvidables hermanitos mayores) la profundidad del lenguaje conversado, el espléndido misterio de *la palabra precisa*.

El recuerdo de aquella escaramuza miserable contra el poeta se activa probablemente ahora, muy pocos días después de su muerte, cuando cierta declaración inoportuna –en aquella misma prensa o en otras de ópticas o estrabismos similares– cuestiona o regatea las calidades poéticas de este hombre que repartió generosamente el amor entre sus versos mayores y menores, que pudo llegar hasta el fin de sus días con la mirada en alto, lejos del suelo de los desencantados oportunos, y confesó para nosotros en alguna entrevista su poética/política de siempre: «Yo creo en un dios personal, que es la conciencia: a ella es a la que le debemos rendir cuentas cada día».

Seguramente por estas verdades sostenidas contra viento y marea es que navegan en estos días en los ríos virtuales o en los antiguos caminos comunicadores sus poemas de juventud sostenida, de dudas y búsquedas y hallazgos y más búsquedas y preguntas alrededor (y dentro) de este mundo que parece preferir (e imponer) el predominio de la banalidad y las hamburguesas sobre la incómoda claridad de la poesía.

Y por esas verdades del poeta, estoy seguro, lo estaba invitando en aquella mesa de su café preferido a integrar aquel naciente Círculo de Amigos en la capital cubana, que se proponía rescatar, de diversas maneras, la riqueza fecunda de la memoria de todas y de todos. En esa labor realizada durante más de una década se ha comprobado, más de una vez, aquella enseñanza que el poeta vislumbró en el texto de un poema y en el título de un libro: *El olvido está lleno de memoria*.

Ahora, mañana, después, cuando nos toque rescatar para la memoria su poética/política, creo que lo encontraremos ejerciendo el humor inteligente («un pesimista es un optimista bien informado») mientras ratifica su declaración de principios (para continuar empujando la utopía): «Muchos de mis poemas son producto de ser hombre de pueblo, y estar cerca del pueblo siempre ha sido una máxima para mí. Lo mejor que me pudo haber pasado en la vida es que lo que escribo le haya tocado el corazón a esa gente, a ese pueblo, a ese hombre de a pie». **C**

FERNANDO LÓPEZ

## Mario Benedetti: mis mejores recuerdos

Conocí a Mario en el vuelo de Cubana que me llevó de Buenos Aires a La Habana en enero de 1987, en ocasión de haber sido designados como jurado del prestigioso concurso literario de la Casa de las Américas. Viajamos en el mismo avión, y el diálogo se suscitó inesperado cuando Mario me preguntó quién era, y conversamos amenamente sobre una novela mía publicada por la Casa de las Américas, que él había leído y que, según me dijo, le había interesado mucho. Viajaba con su esposa. Compartimos alrededor de veinte días con otros escritores, cubanos, mexicanos, colombianos, argentinos, brasileños y del resto de América, debatiendo largamente sobre las novelas en concurso, sobre nuestras experiencias, el país de cada uno y las lecturas que nos habían conmovido.

Digo que conocí a Mario en ese vuelo, y debí decir: tuve el enorme placer de conocerlo personalmente, con su sonrisa bonachona y su pequeña estatura, mientras volábamos en dirección a esa ciudad maravillosa. Porque ya lo conocía de haberlo leído, disfrutado y reconocido partes de su historia personal, las del exilio y el desexilio, y me maravillaron de él dos importantes aspectos que no olvidaré nunca: su extraordinario don de gentes, proveniente de la humildad propia de los grandes, y la enorme comunicación que lograba con la muchedumbre que llenaba los teatros para escucharlo leer sus poemas. Mario leía, cómodamente sentado en su silla, y la gente deliraba y lo aplaudía de pie después de cada intervención. Son los mejores recuerdos que conservo de él. Tan necesarios, como su poesía y su prosa.

Después nos encontramos en Santiago de Chile y en Montevideo. Y en Buenos Aires, por supuesto. En los tiempos de aquel viaje, la Casa de las Américas había devenido grande a lo largo de más de veintiocho años de actividad ininterrumpida. Y su grandeza radicaba en que sus puertas estuvieron abiertas para todos los escritores de América y el mundo, y fue habitada por seres de la enorme calidad de Mario, de García Márquez, de Cortázar y de tantos otros. **C**

JOSÉ CARLOS ROVIRA

## Mario Benedetti y la Universidad de Alicante (España)

Fue hace veinte años cuando Mario Benedetti vino por primera vez a la Universidad de Alicante (UA). Se leía una tesis de licenciatura sobre él, la de Rafael González Gosálbez titulada *El cuerpo y la sombra: cuentos y novelas de Mario Benedetti*, y aproveché para que, tras una conferencia suya, asistiese a aquella defensa de la tesina. Era desde luego una encerrona que le estaba gastando al tesinando y al tribunal que juzgaba aquel, sin duda, interesante trabajo. Después de más de una hora de debate con el tribunal, le dimos la palabra a Mario quien, aparte de agradecer la atención, dijo que durante todo el tiempo que habíamos debatido sobre él y su obra se sentía... como aquella anécdota que contaba Charles Chaplin cuando un día vio que se anunciaba un concurso de Charlots y se presentó a él quedando muy lejos de los primeros puestos... el humor era una contraseña permanente del actuar de Benedetti, lo descubrimos ese día y, a partir de ahí, las catorce veces que estuvo por estas tierras y esta Universidad, donde la visita casi anual de Mario significó la impartición de cursos, recitales, conferencias.

Entre los recuerdos sobresalientes, un curso en 1994 titulado *Un creador nos introduce en su propio mundo*, una semana de palabras donde recorría la América Latina, Uruguay, el exilio, el desexilio, los personajes de su obra, su poesía, sus ensayos, el compromiso, etcétera. Recuerdo que en aquellos días dedicaba una parte de las sesiones a hablar de poetas más jóvenes que le interesaban especialmente: una sesión dedicada a Nancy Morejón se convirtió en descubrimiento para los más de cien asistentes y en enlace permanente de Nancy con nuestra Universidad a partir de aquí.

Aquel curso fue un regalo de Mario que algunas personas estos días me han recordado en correos electrónicos, un regalo reiterado también en aquellos tumultuosos conciertos *A dos voces* que, con Daniel Viglietti, ofreció en la Universidad hasta tres veces, cuando los aforos se llenaban a reventar y mucha gente se quedaba en la calle, siguiendo desde alguna pantalla una actuación intensa que hablaba del amor y de la historia, de amigos perdidos, de desaparecidos, de juegos verbales de un cantante y un poeta que sin duda consiguieron llenarnos de emoción todas las veces.

En 1997, una conjunción de factores, la Facultad de Educación (entonces Escuela Universitaria de Formación del Profesorado), y la vocación latinoamericana de un rector, Andrés Pedreño, nos llevaron a la investidura de Benedetti como doctor *honoris causa*. Fue su primer doctorado y lo ha recordado siempre; siguieron inmediatamente los de Valladolid y La Habana. Para la Universidad de Alicante era también el primer latinoamericano que obtenía la distinción.

Eran para la Universidad tiempos muy difíciles. El poder político valenciano, un gobierno de la derecha impresentable, acosaba a la Universidad cercenando iniciativas, proyectos y crecimiento. Mario respondió a aquellas dificultades con palabras que siempre me ha gustado tener presentes

Me parece adecuado recordar en este ámbito que la autonomía universitaria es una trascendental conquista que, en América Latina y concretamente en mi país, ha significado un sustancial aporte al desarrollo de nuestras respectivas comunidades. Es precisamente debido a esa autonomía (consagrada a partir de la Ley Orgánica de 1958) que en Uruguay la Universidad de la República ha podido desarrollar (con la sola excepción de los doce años de dictadura) tres postulados esenciales: expandir la cultura, defender las libertades, procurar la justicia y el bienestar social. De ahí que, en mi compromiso a defender la Universidad en la que se me propone como Doctor, no podré olvidar la defensa de la autonomía universitaria que la misma resguarda y mantiene con firmeza y responsabilidad ejem-

plares. Es por esa y muchas otras razones que me siento orgulloso y conmovido. Espero que mis pasos venideros no defrauden a quienes hoy me conceden este venturoso galardón.

Realizó en su investidura como doctor la promesa de atender los requerimientos y necesidades de la Universidad que le otorgaba el nombramiento, una promesa que muy pronto tendría que cumplir valerosa y vigorosamente.

Estrenó también en su investidura un largo poema, «Zapping de siglos», que está entre lo mejor de su escritura en aquellos años. Un Congreso dedicado a su obra con más de cien ponentes lo acompañó también en aquel mayo venturoso. La conferencia plenaria de clausura la impartió Roberto Fernández Retamar y la tituló *Mario Benedetti: el ejercicio de la conciencia*. Los recuerdos de tiempos compartidos en Cuba, en la Casa de las Américas, en tantas aventuras intelectuales, se cerraban con una valoración de Mario imprescindible: «Sin que deje de vivir en el Uruguay de su corazón, lo más noble de España lo ha acogido como un hijo, honrándonos a todos. Se llama Mario Benedetti, y es una conciencia alerta y valiente que nos ilumina, enseña y enorgullece».

En junio de 1998 dirigió en la Universidad un curso de verano titulado *Revisiones de la literatura cubana*, en el que participaron, junto a profesores españoles y mexicanos, varios cubanos como Ricardo Viñalet y Ambrosio Fornet quien, junto a su conferencia, leyó la de Fernández Retamar que finalmente no pudo asistir.

Hubo un episodio de 1999 que estos días recordaba el periódico *Información*, de Alicante, y que de nuevo solo tengo ganas de mencionar por la actitud de Mario. Algunos personajillos de una institución económica decidieron imposibilitar un acto, previamente concertado, en el que se iba a presentar el volumen de actas del Congreso de dos años antes titulado *Inventario cómplice*. La razón para impedirlo era que intervenía, junto a Mario Benedetti, aquel representante del eje del mal que para la derecha política valenciana era el rector de la UA. Fue hace diez años casi exactos. Hubo hasta intentos de coacción telefónica a un Mario Benedetti que, desde fuera de Alicante, no podía saber muy bien lo que estaba pasando. Los que urdían la trama y los embustes lo hacían en aras de contentar a un poder político que había decretado la casi aniquilación de una universidad que mantenía el principio de autonomía universitaria. Doy fe de que Mario Benedetti tuvo muy claro desde el principio con quién tenía que estar. Lo proclamó varias veces: con la Universidad. Los que habían causado aquella censura tuvieron su respuesta en la firmeza del poeta uruguayo y en las gentes que conseguimos estar a su alrededor en un acto realizado en un salón improvisado en el que entraron más de mil personas. En aquellos momentos, el rector de la UA anunció la creación de un Centro de Estudios Iberoamericanos que llevaría el nombre del escritor y al que Mario cedió su biblioteca madrileña hace tres años. El Centro organiza periódicamente actos, seminarios y publicaciones dedicadas a la literatura y la cultura latinoamericanas.

En ese mismo año de 1999, Benedetti contribuyó al lanzamiento de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, y le dedicamos una Biblioteca de Autor en la misma, la primera que se hiciera tras el diseño de su creador Andrés Pedreño. Nos acogimos para hacerlo a la generosidad de Mario, quien había autorizado el uso de todo lo que quisiéramos de su obra, su voz y sus imágenes.

Luego hay varios encuentros más que no puedo narrar por espacio. El último, personal, es de hace casi cuatro años, en julio de 2005. Mario se había trasladado ya a Montevideo por la salud de Luz que murió al año siguiente. Recogí aquel encuentro en un texto que dice así:

Montevideo me resulta sin duda una ciudad con interiores. La casa de Mario Benedetti es lugar de encuentro y pasan los días en almuerzos en un restaurante cercano a su domicilio: «una ciudad

son sus amigos», dijo una vez Mario. Los mediodías rituales anteceden sus visitas diarias a Luz, su esposa, hasta que Mario regrese a su casa «cuando Luz se duerme». Hay una nueva imagen desolada y solitaria del poeta, que recupera el humor cuando su hermano Raúl cuenta disparates familiares, como aquella historia de cuando su padre era niño, y lo vestían totalmente de rojo para que, en la casa de campo, su abuelo, el astrónomo, químico y enólogo, natural de Foligno (Italia), pudiera vigilarlo y localizarlo con un catalejo entre los prados cercanos. Reímos esta tarde en la que me ha regalado su último libro, todavía no aparecido en España, *Adioses y bienvenidas* (Seix Barral de Buenos Aires, 2005). Mario escribe mucho, algunos piensan que excesivamente. Escribió durante años, desde el exilio principalmente, como forma de supervivencia; ahora lo hace, como dice en este libro, «como válvula de escape».

Voy a terminar recordando una historia que tiene que ver con los reconocimientos obtenidos y con los no obtenidos: en España ha obtenido reconocimientos como el Reina Sofía de Poesía Iberoamericana (1998) y el Menéndez Pelayo (2005); Mario Benedetti ha sido también candidato al Premio Cervantes durante varios años. En 2004 y 2005 tuve la tristeza, como jurado del Premio, de presenciar las actitudes y juegos de determinadas personas para que no lo obtuviese. Contra Mario hubo siempre un coro de exquisitos que no le perdonaban, entre otras cosas, su pasión política y revolucionaria, su dedicación a defender a los pobres de la tierra en tiempos de descrédito decretado de la palabra compromiso. Olvidaban que creó indudablemente uno de los más eficaces lenguajes de amor del castellano y despreciaban que la pasión comunicativa por la lengua hubiese provocado el efecto de que fuese un poeta con innumerables lectores, oidores y seguidores. Tuve ocasión de decirlo en 2005 ante aquel jurado que lo hizo otra vez finalista: no podían desconocer que sin duda era uno de los que, a través de su escritura, difundida y universalizada, más estaba haciendo por la lengua de Cervantes. Bien, como sabemos el Cervantes, se quedó finalmente sin Mario Benedetti...

Hace poco más de un mes falleció este escritor, y la prensa se ha llenado de afectos y recuerdos, de homenajes, de evocaciones de su bondad, su humildad, su cariño. Yo estoy tentado de hablar solamente acerca de su obra, pero no voy a hacerlo ahora, al menos ampliamente. Considero a Mario Benedetti un gran escritor que nos ha dejado una obra poética, narrativa, ensayística, teatral, desbordada y desbordante. En una obra de tan amplia extensión, ochenta libros, no será difícil encontrar caídas e irregularidades, pero no es difícil desde luego encontrar palabras, versos, que forman parte de la memoria esencial de la literatura y de nosotros mismos.

Mario Benedetti ha sido un latinoamericano activo e imprescindible también en un cuarto de siglo español en el que para nosotros al menos no ha faltado nunca a sus obligaciones, las que lo convierten en uno de los principales testigos de la historia de un tiempo que, acabando el primer decenio del siglo, acrecienta todas las incertidumbres y los pesimismoes. Frente a esos, junto a Mario Benedetti, seguramente solo podremos salvarnos con compromiso, memoria, ternura, coherencia y humor, que son los paradigmas principales de una obra que se ha desplegado con fuerza por todos los caminos de la comunicación contemporánea.

5 de julio de 2009 

CLARIBEL ALEGRÍA

## Milonga para Mario

Vi a Mario por última vez en su Montevideo, a finales de 2007. Ya su salud estaba muy deteriorada y todos temíamos lo peor.

La nuestra fue una amistad que duró más de cincuenta años. Nos conocimos a fines de 1954. Bud y yo, en ese entonces, vivíamos en Chile y preparábamos una antología de poetas y narradores jóvenes, que se publicó bajo el nombre de *New Voices of Hispanic America*.

Mario nos encantó desde el primer momento. Fue de una gran generosidad. Nos asesoró y nos procuró libros de los poetas y narradores rioplatenses que él pensaba eran buenos. Después de ese encuentro no nos volvimos a ver sino hasta 1958, cuando nos instalamos en Montevideo durante dos años.

La amistad con Benedetti se profundizó. Nos presentó a su mujer Luz, y a sus amigos escritores, de la generación del 45: Idea Vilariño, Emir Rodríguez Monegal y su mujer, Zoraida, Manolo Clapps, Carlos Real de Azúa, Carlos Martínez Moreno, Onetti. Todos muertos ya. Se nos acabó esa maravillosa generación de escritores.

De vez en cuando nos reuníamos en nuestra casa y escuchábamos tangos y milongas. Mario me enseñó a bailar la milonga. Lo hacía muy bien.

Estábamos en Montevideo cuando el triunfo de la Revolución Cubana. Mario estaba radiante. Todos lo celebramos y estuvimos de acuerdo en que era un comienzo de una era mejor para la América Latina. La atmósfera era de optimismo.

Mientras aún vivíamos en Montevideo, Mario terminó su novela *La tregua*, y Bud y yo fuimos su primer auditorio. Aún recuerdo la noche en que nos leyó el manuscrito en la salita de nuestra casa. Apenas salió publicado el libro nos regaló un ejemplar con una dedicatoria que dice: «A Bud y Claribel, primer auditorio de esta Tregua». Es uno de los libros de los que nunca me separo.

Después Bud y yo nos trasladamos a Buenos Aires y nos veíamos con cierta frecuencia. Luego nos mudamos a París a fines del 62 y Mario y Luz fueron también a vivir allí unos meses. De nuevo, en nuestro apartamento parisino nos reuníamos con él, Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Cortázar y Aurora, que también vivían en la Ciudad Luz. El tema de conversación era casi siempre Cuba. Todos estábamos con la Revolución. Bud y yo éramos los únicos que aún no habíamos visitado la Isla.

Estando nosotros todavía en París, ya los Benedetti se habían marchado, vimos un día una nota en *Le Monde*, que decía que Mario había desaparecido.

Roberto Armijo, un escritor salvadoreño, también muy amigo, me llamó desesperado y me dio una cita en la *rue* de la Huchette, para que habláramos sobre Mario.

Armijo, que era un gigantón con peinado afro, me levantó en vilo en medio de la calle y me dijo: «Se nos fue Mario, qué tragedia».

Yo estaba desolada, pero no me lo creía. Después de unas semanas Bud y yo saltábamos de alegría cuando recibimos una postal de Mario desde La Habana. Decía: «Por fin estoy en tierra firme».

En 1966 nos mudamos a Deyá, Mallorca, y Luz y Mario nos visitaron allí. A Mario le aterraba el silencio espeso de Deyá por las noches. Tiene un poema, que nos dedicó a Bud y a mí, que habla sobre eso.

Intercambiábamos libros, nos mostrábamos lo que escribíamos, nos criticábamos, con esa crítica constructiva, de la que habla Oscar Wilde. Él nos contaba las peripecias de su exilio y hablábamos siempre de la situación en la América Latina.

Estaba triste porque no podía ir a Montevideo. Extrañaba su paisaje, sus rostros, la comida.

Mario era alérgico a las nueces y al humo, y Bud y yo, qué barbaridad, fumábamos como chimeneas. Al pobre Mario no le quedó más remedio que comprarse un aparatito que tragaba el humo, para no asfixiarse.

Me di cuenta de lo disciplinado que era. Todos los días escribía. Se levantaba temprano y se acostaba temprano. No le gustaban las juergas.

Terminé en ese entonces un librito que había titulado *Pueblo de Dios* y él me sugirió que lo titulara *Pueblo de Dios y de Mandinga*. Así lo hice. Siempre acertaba en los títulos.

A Mario le hacía daño para su asma el clima de Mallorca y se fueron de nuevo a Cuba. Allí los visité varias veces.

En 1979, dos meses después del triunfo de la Revolución Sandinista, Bud y yo nos mudamos a Nicaragua. Mario también estaba entusiasmado con la Revolución y nos visitó un par de veces. Recuerdo que una tarde nos invitaron a cruzar el lago en un barquito y él casi se nos muere. Le vino un mareo espantoso y estaba verde.

Visitó la Costa Atlántica en compañía de Coronel Urtecho, Eliseo Diego y Lizandro Chávez. Regresó entusiasmado con la comida, la música y el Palo de Mayo.

Dejó de venir a Nicaragua. Bud y yo los íbamos a visitar de vez en cuando a Madrid. Después de la muerte de Bud, en 1995, seguí yendo yo sola y a veces nos encontrábamos con Nancy Morejón. A las dos nos hospedaban en su apartamento.

La muerte de Mario, aunque anunciada, fue un tremendo golpe para mí. Era uno de mis amigos más entrañables. Nunca dejamos de comunicarnos. Además de excelente escritor y poeta, era un hombre hecho de buena madera, de esa madera a la que nunca le entra polilla, un amigo con el cual uno siempre contaba, un hombre de principios, que vivió de acuerdo con sus ideales. Nunca le importó la fama, seguía siendo el mismo Mario sencillo, generoso, observador, de sonrisa tímida y pícara a la vez. Era de una gran humildad. Se alegraba, eso sí, cuando se le acercaban las muchachas, después de un recital multitudinario, a pedirle su firma y un beso. **G**

JORGE FORNET

## Los tiempos sucesivos de Mario Benedetti

Antes de ser Benedetti, para mí fue Mario. Luego vinieron las lecturas: sus poemas, los cuentos de *Montevideanos*, y *La tregua* y *Gracias por el fuego* y así sucesivamente, tal como fueran cayendo en mis manos, hasta que me lo bebí casi completo, como suele hacer uno a esa edad irresponsable en que pretendemos agotar a los autores que nos gustan. Después, seguirlo a los recitales, repetirlo y más tarde, inexorablemente, distanciarse de él.

Llega entonces ese momento en que a uno lo atraen otras lecturas y acaba percibiendo su vieja pasión como una leve fiebre de adolescencia. Y de repente, cuando se cree curado, da un resbalón y cae en otro Benedetti. Descubre que aquel que parecía ya lejano se le vuelve carne de nuevo en los ensayos, las críticas, el periodismo y en algunas sonadas polémicas. Lo lee entonces con un renacido fervor: el que produce la lucidez y la buena escritura, ese saber decir con las palabras precisas aquello que pensábamos y no lográbamos articular de modo convincente.

Más adelante, por azares del destino, me tocó seguir sus pasos. Ya para entonces tenía claro el papel de Benedetti como colaborador infatigable de la Casa de las Américas y su revista, su participación en la historia intelectual de nuestro Continente durante varias décadas y su labor fundacional en el Centro de Investigaciones Literarias de la Casa. De modo que, cuando casi un cuarto de siglo después Retamar me invitara a dirigir el Centro (labor en la que me precedieron Óscar Collazos, Trinidad Pérez y Luisa Campuzano), no podía dejar de percibir el peso que implicaba reanudar una labor en la que él había sido pionero y que, en esencia, continuaba siendo la misma.

Y al final uno termina reencontrando a aquel primer Benedetti ya casi olvidado, e intenta comprender la magia de su palabra y su capacidad para arrastrar legiones de jóvenes. Uno, claro, es ahora más exigente y quiere hacer notar sus reparos, pero no puede desprenderse del enigma que encierra, quizá sin pretenderlo, aquella escritura. Tal vez, como me hizo notar el propio Collazos, «el “lugar común” del sentimiento amoroso fue el puente que lo unió con decenas de miles de lectores del idioma». Lugar común, por cierto, abordado por tantísimos poetas mejores y peores que jamás despertaron ese entusiasmo.

Pero debo aclarar que para mí aquel hombre, antes de ser Benedetti, fue, simplemente, Mario.

Debido a su amistad con mis padres lo conocí cuando yo era muy pequeño y, juntos, mi hermano y yo establecimos con él y con Luz una relación muy especial. Íbamos felices a verlos cada vez que llegaban y después, con más frecuencia, cuando se establecieron en Cuba. Gracias a ellos conocimos juegos como el Ludo y La generala, palabras extrañas como «pibe» y «zapallitos», y también, claro está, a Mafalda. En el fondo nunca pude dejar de ver a Benedetti como aquel hombrecito con bigote de brocha que fue parte de mi infancia.


Ahora que se ha ido no lamento solo la pérdida del escritor y el colega de la Casa, sino también la de aquel hombre simpático y generoso que aparecía de cuando en cuando en mi vida para regocijo del niño que fui. **C**

HORTENSIA CAMPANELLA

## Mario Benedetti. La vida como un campo de batalla

Cuando conocí a Mario Benedetti –1980– ya eran ciertas varias cosas, las más importantes: que había conseguido su afán de juventud, comunicarse con sus semejantes a través de la poesía, y que su vida había estado llena de dificultades y zozobras. Sin embargo, yo comprobaba su bondad y calidez, por un lado, y la admiración, casi devoción, que le demostraban sus lectores, por otro. Había visto multitudes esperando su firma o su voz en Montevideo, en Buenos Aires, en Madrid, me había asombrado el eco de su obra en los lugares más insospechados, y así me entró la curiosidad por saber más de él, por interrogar a sus amigos o simplemente a sus compañeros de vida, por dejar constancia de sus apuestas o sus dudas. Así nació la idea de escribir su biografía. Quise saber cómo fue su formación, de dónde sale la solidez de sus citas, cómo se llevaba con sus padres, por qué ha tocado prácticamente todos los géneros literarios, cuáles han sido sus modelos, las alegrías que han llevado sus textos a tantas canciones, el compromiso que provocó once años de exilio. Y él me ayudó, y me ayudaron muchos que quisieron dar testimonio de la vida de un escritor y un hombre excepcional. De tantas palabras y tanto papel puedo extraer un ejemplo valioso para las nuevas generaciones, el de un hombre que consiguió

cada paso en su vida mediante el esfuerzo solitario, el tesón, la determinación de quien tiene claro su camino. Desde el niño que debe abandonar sus estudios tempranamente hasta el recién llegado a un ambiente intelectual extraño; desde el hombre comprometido con los valores de la justicia y la solidaridad que debe atravesar la peor época histórica de su país y por lo tanto se la juega sin dudar, hasta el escritor que nunca se resignó a la repetición, a la facilidad. Aquel que dijo que «el destino se labra con las uñas» sabía de lo que estaba hablando, en lo personal y como intérprete de la Historia.

Escribir su biografía fue una experiencia muy rica para mí pues me sentí testigo privilegiada de los procesos de escritura con más éxito de recepción en la historia de la literatura uruguaya, y también comprobé la humanidad y el coraje de un personaje. No solo el trance del exilio, con su carga de angustia, de amenazas, de problemas económicos, cada etapa de su vida puso a prueba a Benedetti, pero el sacrificio, la determinación, el esfuerzo personal le permitieron avanzar –solo la muerte, la de Luz principalmente, pudo derrotarlo–. Porque, como dijo alguna vez, y no solo refiriéndose a sí mismo, «el futuro es un campo de batalla». ¿De dónde sacó fuerzas para el combate ese hombre pequeño, asmático, de voz suave? No me cabe duda de que fue la poesía, que él sentía como destino, la que le sirvió de encuentro con el otro, de refugio y de arma. Por algo descubrió la poesía como «tragaluz para la utopía», y la propuso como «un drenaje de la vida / que enseña a no temer la muerte». Así Mario Benedetti pudo atravesar la existencia dando tanto a tantos. 

JORGE RUFFINELLI

## Un hombre con toda la barba

Creo que no conozco una foto de Mario Benedetti con barba. O tal vez sí, la usó alguna vez, por poco tiempo, de joven. Pero el hombre siempre rasurado, sin un pelo fuera de lugar, era su prestancia característica. Y, sin embargo, siempre fue un hombre con toda la barba. Al menos, esa expresión hoy ya en desuso, que implica hombre de respeto, a respetar y respetuoso, hombre íntegro, le cabía a él sin duda alguna. Cuando hace dos décadas tuve el privilegio de que me invitara a alojarme por dos semanas en su apartamento de Madrid, donde vivía con Luz, su esposa, Mario se comportó en ambos sentidos, como un hombre con toda la barba y de un acicalado extremo personal. Imagino que saltaba de la cama a ducharse y rasurarse, y en lo moral siguió siendo el escritor más ético que he conocido en mi vida.

Coincidimos a inicios de los 70 en la línea política «legal» que le prestaba apoyo a los Tupamaros: el Movimiento 26 de Marzo. Idea Vilariño, dos docenas de otros escritores jóvenes y yo, junto con Mario, formábamos parte del Comité de Escritores, pero Mario tenía además responsabilidades de dirigencia. Por eso, lo que aquí voy a narrar no solo confirmará, una vez más, cuán hombre con toda la barba siempre fue, sino el brete ideológico en que su sola presencia nos puso a Luz y a mí en cierta ocasión, en La Habana.

Los Tupas ya nos habían inculcado el sentido de la «expropiación». El movimiento armado hizo en los 70 y comienzos de los 60 varios actos de expropiación, «descubriendo» lingotes de oro ilegales en la casa del potentado Mailhos, y otras acciones similares, así como los Miristas «expropiaban» leche en Santiago y la repartían en los sectores pobres, como en una *blitzkrieg*.

Entonces, ¿podíamos extender y aplicar la expropiación a un país revolucionario? Imposible. Una noche de 1970, Mario, Luz y yo cenábamos en el Hotel Nacional y Luz me confesó su íntimo deseo de

tener de aquel viaje un recuerdo cuyo ínfimo valor monetario se compensaría con un gran valor emocional: un pequeño cenicero, como los que había en cada una de las mesas del comedor del Nacional, porque en el fondo tenían pintada la figura del famoso hotel.

Como el carácter tímido de los uruguayos –multiplicado por tres en este caso– nos hubiera impedido siquiera solicitarlo como obsequio, con el paso de las horas el sueño de Luz se convirtió en una dolorosa frustración. Ni Luz ni Mario fumaban, de modo que el pequeño obsequio solo habría de tener una significación simbólica, no un valor de uso. Eso mismo –el inexistente valor de uso– lo hacía cada vez más prohibitivo y lejano.

En un repentino arranque gordiano le susurró a Luz: «Abre tu bolso», y un segundo más tarde el cenicero había desaparecido en el bolso, ante la mirada despavorida de Mario. Me miró echando lumbre, y como en otras ocasiones de mi vida (de ningún modo expropiadoras, más bien amorosas) me di cuenta de que no había marcha atrás. Yo estaba protegido, y Luz también, porque la ética de Mario, por revolucionaria que fuese, entraría en un inmenso conflicto, en el supuesto pero imposible caso de poner en evidencia a su mujer. Más bien, imaginé que aquella noche, a solas ambos en su habitación, Mario le habría espetado un poderoso discurso sobre la responsabilidad revolucionaria. Pero tampoco me preocuparía mucho, porque Luz, mujer inteligente, aguda y moderna, estaba por encima de cosas como esa. No había problema de valores: solo había tenido que superar la timidez. Su sonrisa siempre tuvo para mí –o tal vez comenzó a tenerlo a partir de aquel episodio– un gramo de picardía. Uno de los dos, en la pareja, debía tenerlo. Y Mario era demasiado santo.

Mario trabajó durante muchos años al frente del Centro de Investigaciones Literarias de la Casa de las Américas, y me consta su profundo amor –mucho más que amistad– por todos los que trabajaban allí. Y, cómo no, por Roberto Fernández Retamar. Los unía, entre otras cosas, la poesía conversacional, la poesía a secas, y los ensayos que escribían sobre la responsabilidad de los intelectuales, o sobre obras literarias. Dos escritores –Mario y Roberto– que han llevado a sus últimas consecuencias un pensamiento lúcido sobre la ética personal en tiempos colectivos.

Menciono a los dos porque la siguiente historia los refiere.

Mario fue un intelectual riguroso y generoso. No se privaba de mencionar y valorar la obra ajena, cuando esta valía la pena. Hasta cierto punto, la vivencia y convivencia de Benedetti en Cuba solidificó una especie de identidad ideológica y de ética de la escritura entre él y los cubanos, y nunca me sorprendió el hecho de que en algunas circunstancias fuese Benedetti el portavoz de la cultura cubana en eventos internacionales.

Una vez, en los 80, nos encontrábamos en la Ciudad de México, hospedados en un hotel –que años más tarde desaparecería en uno de los feroces terremotos con que la Naturaleza castiga con iniquidad a México–, prestos a trasladarnos en avión hacia Villahermosa y Palenque, donde se celebrarían mesas redondas sobre la cultura latinoamericana –con la participación de escritores de la talla de Gabriel García Márquez, Nicolás Guillén, Fernández Retamar, Mario Benedetti, Eduardo Galeano, Antonio Cornejo Polar–. Y allí estábamos, digo, a las puertas del hotel, y veo a Roberto con dos hermosas valijas grandes y notoriamente llenas. No pude resistirme al humor, y le pregunté: «¿Tus obras completas?». Con tanta rapidez como modestia, Roberto respondió: «No. Son las obras completas de Mario Benedetti».

Pasaron los años, y una vez –como comencé diciendo en este relato–, Benedetti y Luz me invitaron a quedarme con ellos en su apartamento de Madrid. Recuerdo haber visto, entre los mementos que puntuaban los numerosos viajes de Mario, y los menos numerosos de Luz, un cenicero.

Con un dibujo blanco en el fondo. Del Hotel Nacional.

No tenía ya ningún uso. Nunca lo hubiera tenido. El asma de Mario impedía que los visitantes fumadores pensarán siquiera en usarlo. Y era un hermoso testimonio de los años de la gran utopía,

cuando «el compañero Benedetti» y «la compañera Luz» se sentían honrados de solidarizarse con Cuba y de trabajar en la Isla, y Cuba se honra teniendo en su seno a gente tan especial.

Conozco la obra poética, ensayística y narrativa de Mario, y conversé muchas veces con él, no solo sobre su literatura sino sobre la de otros escritores. Sé cuán profundo interés y gozo sentía al leer a los escritores cubanos. No me va a sorprender en absoluto el día en que lo encuentre en el Cielo (ya que, si cometimos algunos, nuestros pecados deben de haber sido pequeños, y como reza el título de un cuento de Cesare Pavese, «Si parva licet», «Si es pequeño se perdona»), y allá en el Cielo de los Escritores, Mario Benedetti va a estar escribiendo un poema en su vieja Olivetti, y a sus pies descansarán dos valijas abultadas.

–¿Son tus obras completas?-, le preguntaré.

–No –me contestará-. Son las obras completas de Roberto Fernández Retamar.

Madrid, 3 de julio de 2009 

AMBROSIO FORNET


## No es casual

Nunca imaginé que la obra de Benedetti llegaría a parecernos un insólito desafío. El mundo ya está ordenado en lo que respecta a la valoración de la literatura. La expresión literaria puede verse como un medio de comunicación, cierto, pero un medio degradado, erosionado por el paso del tiempo, incapaz de competir con los audiovisuales, que son los heraldos de nuestra época. ¿Quién se atrevería a discrepar? Pero de pronto esa sarta de lugares comunes con pretensiones lapidarias choca con un obstáculo, una verdad que tal vez nadie pueda formular mejor que Viglietti cuando afirmó, al evocar los recitales de su amigo: «Con sus solitos poemas convocaba multitudes». Me consta que era así. Lo vi con mis propios ojos en la Casa de las Américas, en La Habana, y en el Palacio de Bellas Artes, de México, donde mi amigo Federico Álvarez y yo –después de abrírnos paso a codazos por entre los centenares de jóvenes que, desafiando una llovizna helada, trataban de entrar–, tuvimos que valernos de una artimaña para llegar hasta él. Uno queda definitivamente inoculado contra la frivolidad y la docta palabrería cuando en esa situación se detiene un minuto a pensar: estos muchachos vienen a ver y oír a un poeta, a escuchar en su propia voz un puñado de poemas que quizá ya se saben de memoria..., y eso es todo. Aquí no se regala nada, no se vende nada, no se celebra nada... Entonces, ¿qué rayos está pasando? ¿Dónde está el misterio? ¿En qué consiste el poder de convocatoria de ese poeta, de esa poesía?

La única respuesta que se me ocurre debe ser falsa, porque alude a una transparencia, sin ninguna relación con misterios o poderes ocultos. Y no es una respuesta propiamente dicha, además, sino más bien una nueva pregunta, que está como soterrada en unos versos de *Poemas de la oficina*:

*Montevideo quince de noviembre  
de mil novecientos cincuenta y cinco  
Montevideo era verde en mi infancia  
absolutamente verde y con tranvías  
muy señor nuestro por la presente...*

La pregunta, por insignificante que parezca, alude nada menos que al Destino: ¿estamos condenados a vivir en el mundo que nos tocó en suerte, y encerrados en nuestro irrenunciable pellejo? No. Somos animales memoriosos y hasta en las peores circunstancias, agobiados por la fatiga o la rutina, podemos asomarnos al más remoto paraíso. Somos animales que sueñan y que tienen, por tanto, la facultad de imaginar y proyectar utopías. También de luchar por ellas. Si la felicidad insiste en «tirar piedritas» en tu ventana, ¿por qué no acabas de abrirla? El poeta da un paso más, abre la puerta y sale a la calle a «defender la alegría» porque ha descubierto, sencillamente, que no puede evitarlo, que «por más esfuerzos que haga / nunca podré llegar a ser neutral». Las dimensiones del universo se ensanchan de pronto en todas direcciones al conjuro de esa palabra desnuda, a veces trémula, a menudo irónica, coloquial siempre, siempre portadora –para usar un adjetivo muy suyo– de una *incanjeable* autenticidad. ¿Tendrá esto algo que ver con la elocuencia emotiva, con la asombrosa capacidad que tienen unos simples «poemitas» para «convocar multitudes»?

Empiezo a sospechar que Benedetti nos está invitando a sosegadas relecturas en las que seamos nosotros mismos los que diseñemos el programa, el orden de articulación de los textos, tanto poéticos como narrativos y ensayísticos. Son uno solo, en realidad. Creo que también lo son –ya lo advertí hace años– los que forman, por ejemplo, *Primavera con una esquina rota* y *La borra del café*, que podrían leerse como una imaginaria trilogía autobiográfica si se les sumara el relámpago de *Recuerdos olvidados*. Ahí encontraríamos de nuevo la pregunta sobre nuestros límites y nuestras posibilidades, ahora pasadas por el dramático tamiz del exilio y el *desexilio* (término este último que él mismo acuñó para nombrar la irónica experiencia de la memoria desfasada, esa que nunca imaginó el oficinista de los tranvías). No puede ser casual que a tan pocas horas de su muerte ya estemos emprendiendo nuestras operaciones de rescate, nuestras muy personales antologías de prosa y verso, nuestros irrenunciables *inventarios*. No es casual. 

ÁLVARO CASTILLO GRANADA

## El poeta de todos

Hay otro libro que acompañó al niño que fui alguna vez. Lo encontré en la biblioteca del colegio, mirando el fichero de tarjetas blancas que era como una puerta a las posibilidades. En una de mis excursiones, sin orden ni destino, encontré el nombre de un escritor que no me resultaba desconocido del todo. Era el autor de las novelas de las que se hicieron dos telenovelas en mi país que me habían atrapado: *La tregua* (en 1980) y *Gracias por el fuego* (en 1982). Aún guardo en mi memoria algunos de los actores que encarnaron a sus personajes: Pepe Sánchez, Álvaro Ruiz, Carlos Muñoz, Celmira Luzardo, Amparo Grisales... Como muchos otros, creo, estuve enamorado de Laura Avellaneda. Mi mamá compró las dos novelas y me las regaló. Todavía tengo conmigo esos libros de la editorial Oveja Negra.

El libro era *Letras del continente mestizo*, publicado (en segunda edición) el mismo año de mi nacimiento (Montevideo, Arca Editorial, 1969). Lo vine a encontrar, por fin, el 12 de noviembre de 1996. Fueron muchísimos años a la espera de un ejemplar en la misma edición que yo leí. Para un niño de trece o catorce años leer este libro resultaba una invitación a la aventura de la lectura.

No conocía casi a ninguno de los autores que nombraba ahí, por supuesto. Me hice el propósito de leerlos. Eran tan convincentes las invitaciones a la lectura (así no supiera de qué se estaba hablando) que no podía permanecer indiferente o ajeno a esta posibilidad. A lo largo de cuatro o cinco años de bachillerato este libro estuvo permanentemente conmigo dándome claves, trazando derroteros, descubriendo tesoros, abriendo caminos.

Había en esa época en Bogotá una librería de la editorial Oveja Negra que quedaba arriba de la Quince con Setenta y pico. No recuerdo exactamente. Iba allí cuando lograba ahorrar algo de dinero para, como corresponde, comprar libros. Eran muy baratos. Compré, ahora los veo haciéndome señas desde el estante de mis recuerdos, dos de Pablo Neruda: *Tercera residencia* y *Los versos del capitán*. Y otros de una colección de literatura latinoamericana de color verde. Eran libros muy mal editados, que se desbarataban con solo abrirlos pero que, al lector que era yo, le permitieron conocer y tener autores fundamentales como Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato, Augusto Roa Bastos, Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar (cuando hablo con lectores de «mis tiempos» coincidimos siempre en que la primera vez que pudimos leer nuestra *Rayuela* fue la de esta colección. En mi libro bitácora había un ensayo que me permitió entender mejor algunas cosas: «Julio Cortázar, un narrador para lectores cómplices»).

En una de esas visitas encontré un libro de poesía que cambiaría muchas cosas: *Poemas de otros*. ¿Por qué «de otros»? fue lo primero que me pregunté. ¿No son acaso escritos por Mario Benedetti? Cuando los leí me di cuenta de que no era así: los otros no eran él, eran otras voces, con otras vidas y otras historias, que narraban lo que les sucedía. Algunos de esos otros eran personajes ya para mí inolvidables: Martín Santomé, Laura Avellaneda... Este libro se lo regalé a una mujer a quien quise mucho.

Años después, todavía en el colegio, un profesor de religión (se llamaba Luis Miguel Tamayo, creo) me prestó libros suyos de la editorial Nueva Imagen para que leyera en unas vacaciones de mitad de año. Recuerdo especialmente dos que contribuyeron a la apertura de mis ojos a la realidad y a la historia de nuestra América: *El escritor latinoamericano y la revolución posible* (1974) y *El recurso del supremo patriarca* (1979). Los conseguí, tiempo después, en las mismas ediciones, el 15 de diciembre de 1993 y el 28 de noviembre de 1995. El lector que era ya no fue el mismo: el horizonte se amplió y mestizó.

La primera vez que quise ver a un escritor y pedirle un autógrafo fue a él, en junio de 1985, cuando vino a Bogotá para presentar *Nacha canta a Benedetti*, en el Teatro Nacional junto a Nacha Guevara y Alberto Favero. Mi papá me regaló de cumpleaños la boleta para verlo. Ese día, lo recuerdo claramente, fuimos con mis amigos a ver (a las tres de la tarde en el cine Astor Plaza) la película *Rocky IV*, después de un ensayo del grupo de teatro. Luego de la película me fui al teatro a esperar que llegara Benedetti. Me senté frente a la puerta. En algún momento una de las acomodadoras me vio y me preguntó qué estaba haciendo ahí. Le dije que esperaba que llegara el poeta para saludarlo y pedirle que me firmara un libro.

Tenía conmigo *La casa y el ladrillo* (México, Siglo XXI Editores, 1977), que había comprado alguna vez en la librería de la Cooperativa de Profesores de la Universidad Nacional, que quedaba en el segundo piso del Centro Granahorrar. Fue mucho el tiempo que esperé. En un momento me levanté y fui a buscar un teléfono público para llamar a mi casa. Cuando volví la muchacha que me había visto sentado gran parte de la tarde esperando a que llegara el poeta me dijo: «Benedetti ya entró. Lo hizo hace un momento. ¿Dónde estabas?».

Me sentí tan estúpido y tan frustrado que me puse a llorar. Ella se acercó y me dijo nuevamente: «No te preocupes, yo le llevo tu libro al camerino para que te lo firme». Lo llevó y lo volvió a traer.

Dice, con tinta azul: «para Álvaro, con un saludo de Mario Benedetti». Así empezó mi colección de libros autografiados, con el de un poeta querido y admirado. Ese recital me reveló otro de sus libros fundamentales: *Poemas de la oficina*.

Ya no recuerdo si fue en segundo o tercero de bachillerato, Moncho Viñas, el hijo de Leda, la amiga de mi mamá, me prestó por primera vez un libro de cuentos suyo: *Todos los cuentos* (La Habana, Casa de las Américas, 1980. Lo conseguí en San Victorino en 1995). Él me dio dos de los consejos fundamentales de mi vida: «si alguna vez va a perder un año piérdalo por muchas materias, es ridículo que pierda el año por una sola materia». Y: «salga a la calle, vea al mundo, camine, no se quede encerrado en su casa». Los dos consejos los tomé casi al pie de la letra: ya no perdía en el colegio una sola materia, sino seis o siete. Eso sí: jamás perdí un año. Los habilité y rehabilité todos. Me pude graduar con mucha ayuda.

Empecé a caminar por la ciudad de arriba para abajo. Me retaba a mí mismo para ver hasta dónde era capaz de llegar. Empecé a descubrir los placeres del paseante solitario. Hay un cuento que todavía recuerdo perfectamente: «Inocencia», del libro *Montevideanos*. La biblioteca de Moncho fue fundamental para mi formación de lector (como lo fue también la de los papás de David). Él tenía muchos de los libros que yo quería leer. Había dicho en su casa que tenía autorización para tomar los libros que quisiera. Fueron muchos los que pasaron por mis manos y regresaron a las suyas, sin que él lo supiera, sin jamás preocuparse porque alguno no volviera.

En segundo o tercero de bachillerato tenía, como de costumbre, que habilitar Matemáticas o Álgebra. Me consiguieron una profesora para que me enseñara. Tampoco recuerdo su nombre. Era muy joven y andaba con una mochila y una bufanda al cuello. Después de las clases (o en lugar de ellas) nos poníamos a hablar de escritores y de libros. Entre ellos, por supuesto, de Mario Benedetti. Alguna vez sacó de su mochila *Inventario*, un libro grueso de color negro, desconocido para mí. Me di cuenta de que para ella era un «libro compañero», una especie de oráculo que se podía consultar en cualquier momento y siempre se tendría la certeza de que alguna respuesta o rumbo nos podría dar. Era un niño, un muchacho, con tantas ganas de leer...

Creo que mi emoción y avidez convocaba a ciertas personas que sin jamás pretenderlo se convirtieron en mis guías y maestros. Mi primer *Inventario* lo pude comprar en 1988 en la librería El Lago (en edición pirata, como corresponde. Antes había tenido uno humilísimo y desbaratadísimo que encontré en un clóset de un salón del colegio. ¿Qué hacía allí? ¿De quién era? No me detuve mucho a preguntar. Se fue conmigo. Por supuesto, alguna vez alguien lo vio y siguió su destino errante).

Ahora que veo lo que acabo de escribir me doy cuenta de que estoy reconstruyendo no solo mi relación de lector con Mario Benedetti sino también mi relación con unas librerías de mi ciudad que ya no existen. Gracias a la memoria traigo de nuevo espacios que fueron fundamentales para el lector que fui y que buscaba libros que pudiera comprar por todas partes. Aún puedo ver los estantes de esas librerías, repletas de libros que esperaban a que algún día yo pudiera encontrarlos.

En 1988 hice mi primer viaje solo fuera del país. Fui a Ecuador. Fue el inicio de una pasión y necesidad permanentes de desplazarme por los caminos de América. Con el paso del tiempo, año a año, las rutas y los horizontes se fueron ampliando. En algún lugar de Quito (ya no recuerdo) encontré un disco que iba a mostrarme muchas nuevas cosas: *A dos voces* (1985), Daniel Viglietti-Mario Benedetti. Cuando lo pude escuchar descubrí, gracias a un poema y a una canción, «A Roque» y «Daltónica», a uno de los poetas más originales y entrañables que he leído: Roque Dalton. Siempre soñé con poder asistir a alguna de sus presentaciones. Nunca coincidí. En Buenos Aires o en Montevideo siempre se presentaba generalmente el mismo día de mi partida.

De la misma manera en que me encontraba con el amor y la complicidad que suscitaban sus poemas también iba descubriendo el menosprecio (y en algunos casos desprecio) que muchos tenían por su

obra. Juan José de Narváez (a quien le debo la lectura de *El maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia*, de Selma Lagerlof, y el descubrimiento de ese mundo solitario y duro que es John Berger) me leyó una vez en su casa un poema que le encantaba y del que desconocía el autor: «A la izquierda del roble». Cuando lo terminó, emocionado, le dije: «¿Quieres saber quién lo escribió?». «Sí, dime». «Mario Benedetti». «Es imposible que él haya escrito ese poema tan bueno».

Me tocó, días después, mostrarle en mi *Inventario* (ya convertido en uno de mis libros de cabecera) que el poema sí era de Benedetti y que pertenecía al libro *Contra los puentes levadizos* (Montevideo, Editorial Alfa, 1966). Este es, hasta hoy, el último libro de Benedetti que ha llegado a mi colección (30 de octubre de 2008).

Me contrataron para evaluar una biblioteca. Era inmensa. Encontré (o me golpeó) la primera edición de *Arte de pájaros* (1966), de Pablo Neruda. Les propuse a los dueños cobrarles barato y que, a cambio, me dieran unos libros. Estuvieron de acuerdo. Tomé el de Neruda, otros en francés también de Neruda, y el de Benedetti. No me dieron el de Neruda, por supuesto. El de Benedetti sí llegó conmigo a su estante de mi biblioteca. Podría reconstruir gran parte de mi vida mirando sus libros. En todos ellos, en la primera página, al lado derecho está la fecha y el lugar en donde los compré. Los subrayados también corresponden al que fui en ese momento. Los recorro de cuando en cuando. En algunos todavía me reconozco. Otros no los entiendo. Sus libros hacen parte del rompecabezas de mi biblioteca que llevo en mi mente: uno a uno van llegando, armando su rostro bonachón y valeroso.

La segunda vez que estuve en Montevideo, en febrero de 2003, fui a visitar (gracias a Elsa y Carlos Moreno) al profesor Daniel Vidart (padre de Martín, lector de novelas negras y policíacas), quien el 12 de febrero de 1997 me trajo de Montevideo *El aguafiestas* [Seix Barral, Argentina, 1995], de Mario Paoletti, la biografía de Benedetti). Pasé un rato maravilloso en su casa con él, Nilda y la Yai.

Hablamos de muchísimas cosas. Entre otras, por supuesto, de Benedetti. Me contó de su amistad de casi toda la vida. Al oírme hablar con tanto entusiasmo de él me dijo: «Te voy a dar el teléfono para que lo llames la próxima vez que vengas». Así lo hice. Lo llamé y él me contestó. Hablamos unos minutos. Le conté de mi admiración y el agradecimiento inmenso que le tenía pues su obra había acompañado toda mi vida, abriéndome los ojos y dándome las palabras que muchas veces me hicieron falta. Pude agradecerle todo lo que le debía. Fue un momento muy emocionante para mí. Sus poemas hacen parte de la memoria de todos, pertenecen a todos. Esto, creo, es algo que no le pueden perdonar muchísimos de los poetas colombianos que conozco.

Más allá de las altas y bajas de su inmensa producción, lo que jamás se podrá negar o ignorar es que es un poeta realmente popular, que pertenece a los lectores que llevan sus poemas como una divisa o una clave. El amor que suscitan sus versos y su obra es difícil de igualar. Una vez escuché decir a una directora de revista y a un poeta por televisión: «Yo odio a Benedetti» y «¿Quién es Benedetti?». Me dieron ganas de reír. Benedetti es, caballeros, el poeta de todos. Siempre he creído que esta antipatía por él y su obra se resume en una sola palabra: envidia.

En ese segundo viaje, también, tuve la suerte irreplicable de encontrar una primera edición de Felisberto Hernández: *El caballo perdido*, con la siguiente dedicatoria: «Para mi amigo Juliá (sic) Álvarez con un viejo e inalterable aprecio. Homenaje de Felisberto Hernández. Enero de 1944».

La tarde anterior a emprender mi regreso a Buenos Aires le había recomendado al librero (a quien había conocido en mi primer viaje a Uruguay) libros autografiados. Me dijo que volviera en la tarde. Después de pasar casi todo el día revolviendo en la calle de Tristán Narvaja me acerqué a la librería. Tenía él dos libros en la mano, *El amor, las mujeres y la muerte*, de Benedetti y el de Felisberto. Pregunté los precios. El segundo una locura, ya no recuerdo cuánto. El primero, por el que estaba al borde de una taquicardia, veinte dólares. «¿Veinte?», recuerdo que le pregunté contradiciendo toda la prudencia que

debe guardar quien encuentra un tesoro. «Y bueno... Sí, veinte». Los pagué y me fui sin todavía poder creerlo.

He seguido comprando sus libros conforme han ido saliendo. Otros me los ha regalado Zoraya Peñuela, la jefa de Prensa de la editorial Planeta. He comprado también, cuando he podido, discos o CD con su voz. Escucharlo leer sus poemas es una experiencia inolvidable: su voz suena cercana, cómplice, solidaria. Esa cercanía es, creo, el gran secreto que se establece en su relación con sus lectores. Está ahí al lado, de nuestro lado.

Una vez en Cuba le pregunté a mi amigo Arquímedes Nuviola (se escribe «Arquímedes», esto lo supe después de su muerte) por Benedetti. Me habló con un afecto inmenso y entrañable por él. Lo consideraba su amigo. Yo también lo consideré mi amigo aunque nunca lo conocí. Acompañó mi vida. Fue el primer escritor al que quise saludar y pedirle un autógrafo. Lo primero no lo logré ese día. Lo segundo sí.

Ayer, 17 de mayo, estaba en mi casa con Potota viendo televisión. Sonó mi celular. Un teléfono desconocido. Era alguien de la agencia Colprensa. Les había dado mi teléfono Juan Felipe Robledo (con quien hemos leído en voz alta muchos de los *Poemas de la oficina*). Querían que les dijera algo sobre Mario Benedetti, pues acababa de morir. Me quedé de una pieza. Respondí lo que siempre he creído y dicho. Colgué. Llamé a Juan Felipe. Me dijo que había dado mi teléfono porque sabía cuánto lo quería y que yo era el indicado para hablar de él. Empecé a evocar recuerdos. Empecé a contarle, contándome, esto que ahora escribo, gran parte de mi vida acompañada por un poeta al que siempre consideré mi amigo, al que siempre leí, cuyos libros están en mi cuarto, junto a los más queridos, aquellos que me gusta ver cuando despierto y cuando me acuesto, los que encierran en sí al compañero que da la mano y está y permanece y cree y espera y ama y no olvida.

No olvido nada de todos estos años en que me has acompañado, Mario Benedetti, mi amigo a quien siempre he leído. Abro al azar tu novela *Primavera con una esquina rota* (1988). Página 95: «[...] morir no es después de todo tan jodido si se muere bien, si se muere sin recelos contra uno mismo». Así es. **C**

NANCY MOREJÓN

## Mario Benedetti in memóriam

Ha muerto el escritor uruguayo Mario Benedetti durante la tarde del 17 de mayo de 2009. No por esperada resulta su muerte más aceptable, ni más presente. Importa que hayamos perdido a una de las figuras más espléndidas de la literatura latinoamericana en aquella segunda mitad del siglo xx. Su obra, tan versátil y abarcadora, es un espejo de esa esencia suramericana que late en casi todas sus páginas. Su memorable estilo solo podía pertenecer a un ser humano excepcional que desde su nacimiento en Paso de los Toros fue dejando una huella de esa categoría que es el Sur cuya existencia marca determinadas pautas en nuestra época en busca de una utopía siempre alcanzable.

Benedetti fue un trabajador incansable que cultivó casi todos los géneros literarios llevando como sello principal su amor por Nuestra América, por su identidad diversa y por la justicia social nunca despojada de los más puros ideales de patria y humanidad así como de la belleza alcanzable para él todos los días. Viajero incansable, conoció el duro oficio del exilio y lejos de su patria se convirtió en un organizador de promociones inacabables, en un investigador de primera, en el más singular fabulador

de Montevideo, en un articulista reflexivo y audaz que ponía el dedo en la llaga de los sometidos. Mario logró poner toda su energía en encontrar los caminos del compromiso sin eludir el más vital que es el impecable ejercicio de la escritura. El Centro de Investigaciones Literarias (CIL), de la Casa de las Américas, es en parte su obra y en él ha dejado una huella para el porvenir.

A lo largo de su existencia, con más de ochenta y cinco títulos publicados, Benedetti ha alcanzado la atención y la preferencia de vastos públicos y hasta el día de su muerte ha mantenido intacto el poder de convocatoria como poeta porque sus recitales con Daniel Viglietti o Joan Manuel Serrat fueron seguidos por cientos de jóvenes en todo el mundo. Poemas suyos como «Táctica y estrategia» y «Puedes contar conmigo», figuran en afiches, en grafitis sobre muros y paredes e impresos en camisetas que visten los adolescentes con el mismo fervor con que leen su poesía.

Pocas serían las palabras para expresar de qué forma seguiremos queriendo a Mario, de qué callada manera estaremos con Mario y de qué modo sutil le seguiremos agradeciendo su excelente obra, su ejemplo de escritor latinoamericano y, por eso mismo, universal.

La Habana, 18 de mayo de 2009 

THIAGO DE MELLO

## Encuentros que cuentan mi encuentro con Mario que nunca se acaba

Antes de conocerlo ya me gustaba decir sus versos. En un atardecer antiguo de bruces en mi ventana boliviana, abierta a las nieves eternas del Ilimani, la montaña de los Andes que protege La Paz, yo recitaba a Mario de memoria:

*Ahora vale la pena vivir  
Aunque haga frío  
Aunque la tarde vuele.  
O no vuele. Es lo mismo.*

No importa que nadie me crea, pero el Ilimani se quedaba más rosado.

Perdón. Comencé diciendo que no conocía al poeta. Corrijo. Benedetti escribió y dijo –me acuerdo cuando le oí decir por primera vez–, con su suave vehemencia, abriendo un recital en el auditorio principal de la Casa de las Américas:

–No hay ni debe haber divorcio ni divergencia entre el escritor y el hombre. Entre el poeta y la persona. Los dos son uno solo.

Así es. Bastaba conocer al poeta, sabía cómo era el hombre. Mario Benedetti. Hermoso poeta. Hombre de bien. Claro y profundo.

Fui a verlo en su departamento de Montevideo. El 62. Me abrió la puerta y nos abrazamos. Pidió que le contara del Amazonas, de Bandeira, de Drummond, de Vinicius y mucho de Neruda, cuya intimidad yo frecuentaba desde que llegué en los 60 a Santiago como agregado cultural de la embajada del Brasil.

Luz no estaba, la luz de Mario. Le regalé mi primer *Vento geral*, él me dio almuerzo: pollo asado, tallarines, lechugas. Gracias, Mario, por el fuego.

Los años 60 fueron llenos de días, y de noches también, de Mario conmigo. Pero el 67 tiene registro singular en mis neuronas sonoras.

Varadero, Centenario de Rubén Darío. Con la mano y la palabra y Roberto Fernández Retamar. Marcia Leiseca. La Madrugada. Aida Santamaría. Los Babosos: César Calvo, Roque Dalton, Miguel Barnet,

Enrique Lihn. Tengo que leer un poema. ¿Qué hago, Mario? Bola de Nieve canta *Na cidade baixa*, de Ary Barroso. Creo que fue viajando entre La Habana y Matanzas: Mario me extiende, manuscrita en español, para que yo pudiera ser entendido por la multitud, la traducción de mi «Canto de companheiro em tempos de cuidado». Lágrimas silenciosas me rociaron de felicidad.

Transcribo párrafos de la crónica de José Ribamar Bessa, nuestro compañero de exilio, actual vicerrector de la Universidad Federal de Río de Janeiro:

Fue en Lima donde conocí a Mario Benedetti, en el exilio, en 1975, en circunstancias insólitas, en medio de una enorme confusión dentro de un hospital; nuestro poeta Thiago de Mello, que vivía exiliado en Alemania, estaba de paso por Perú y tuvo un *piripaque* en el corazón. Fue internado de urgencia. Corrí para la clínica. Allá me encontré con un señor de bigotes de escobillón, un afable bandido, cuya cara me recordaba la de Miguel Arraes. Allí, en la camilla, jadeante, Thiago me presentó al gran uruguayo.


El cuarto de Thiago daba derecho al del acompañante. Nosotros nos relevábamos a las dos. El cambio de turno era siempre un momento de charla placentera. Yo tenía conciencia del privilegio de convivir, en aquellos intervalos, con aquel exiliado uruguayo, ya conocido internacionalmente y que profesaba la creencia «en la vida, en el amor, en la ética y en todas las cosas fuera de moda».

*No, Mario, tu vida no se termina,  
Tu poesía sigue cantando  
Porque el sol te reconoce,  
Para no dejar  
Que la rosa se haga ceniza.*

Traductor de Mario, leo en mis recitales su «Noción de patria», del cual quiero dar en portugués la cuarteta final:

*Talvez minha única noção de pátria  
Seja esta urgência de dizer N'os  
Talvez minha única noção de pátria  
Seja este regresso ao próprio desconcerto.*

Mario hermano lindo, sigues conmigo. Como una especie de vibración de ala. Una luz de amanecer siempre al alcance de mi mano.

Río Amazonas, julio de 2009 

TRINIDAD PÉREZ VALDÉS

Recuerdo muy poco del momento cuando conocí y conversé, por primera vez, con Mario Benedetti, en la Casa de las Américas. Tal vez haya sido en el verano de 1968. Fue una entrevista de trabajo en la que me preguntó sobre escritores latinoamericanos, los trabajos literarios que había realizado en la Universidad y los profesores que me habían impartido clases (apenas pude balbucear algunos nombres y fechas). Solo recuerdo que me preguntaba si aquel señor, afable y simpático, era en verdad Mario Benedetti, el reconocido autor de *Montevideanos* y *Gracias por el fuego*.

Fue Mario Benedetti quien puso en marcha el Centro de Investigaciones Literarias de la Casa, para todos el CIL. De su puño y letra, diseñó y programó sus lineamientos, sus colecciones y proyección internacional. Consiguí, desde el primer momento, –como si hubiese trabajado en la Casa toda la vida– concebir este Centro como el resto de los otros departamentos de la Casa (Teatro, Música, Artes Plásticas, Revista *Casa de las Américas*). Comprendió que lo que lograra llevar adelante en aquel espacio literario complementaría los proyectos de divulgación de la institución, totalmente a la vanguardia del proceso cultural y político que ya se desarrollaba en la América Latina y el Caribe de aquellos años.

El primer proyecto fue el de la serie Valoraciones Múltiples, recopilaciones que recogerían la obra y la vida de las principales figuras de la nueva narrativa latinoamericana. Las valoraciones iniciales –algunas aparecieron y otras no– estuvieron dedicadas a Juan Rulfo, Juan Carlos Onetti, José María Arguedas, Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Nicolás Guillén y Alejo Carpentier, entre otros.

Estos textos, reflejaron en sus páginas –incluida la dedicada a *Las tres novelas ejemplares*– lo más actual y polémico sobre la narrativa de los 60. Fueron elaboradas con una dinámica y una información al día. En una de las cartas que nos enviara Mario desde Montevideo y que, incumpliendo con el reglamento de la Casa, guardé para mí, nuestro director, aunque ausente, escribió:

Los dos primeros tomos de valoración múltiple (Rulfo y Onetti) quedaron tan lindos, que a uno le vienen ganas de que salgan muchos más ¿no es así? Aquí han interesado enormemente, en realidad han llegado muy pocos, así que la gente se los va prestando.

Pero sería muy bueno que mandaran más. Ya en varios lados nos “fusilaron” la idea (dentro de pocos días estará listo en Santiago un volumen de este tipo sobre García Márquez por la Universitaria), pero eso no debe preocuparnos: es bueno que se imite lo bueno. [20 de octubre de 1969.]

Otra labor de Mario fue la de la serie Palabra de esta América, encaminada a grabar fragmentos de las obras de escritores invitados a las actividades de la Casa. Sobre esta serie, en particular las grabaciones a escritores cubanos, Pedro Simón y yo guardamos las más increíbles anécdotas que recordamos siempre que intentamos alegrarnos y sentirnos de nuevo con el entusiasmo de aquellos tiempos. Aún, por algún lado, deben estar aquellos enjundiosos listados que Mario aprobó con el nombre de los autores que merecían ser grabados en la *palabra viva*.

A esta Palabra de esta América, se sumaron los proyectos de un Diccionario de escritores latinoamericanos y un Panorama histórico-literario de América Latina y el Caribe (recopilación ampliada de los panoramas elaborados para la Colección Literatura Latinoamericana). El Diccionario... nunca llegó a materializarse, pero Mario se preocupó por su redacción y enviaba noticias como esta:

Imagino que el Diccionario irá viento en popa ¿o no? hablé largamente con Bareiro [Rubén Bareiro Saguier] sobre la zona paraguaya, la cosa marcha más lentamente de lo que yo esperaba, pero así

y todo debemos confiar que lo hagan [...] Adoum [Jorge Enrique Adoum] está en Ginebra pero llega a París el 16, o sea la víspera de mi partida; así y todo, trataré de verlo para que nos mande por lo menos la lista de autores que deben ser incluidos. [París, 14 de marzo de 1971.]

Al entonces, joven y novato equipo del CIL, Mario, con su estilo perseverante, le dedicó tiempo en inculcarle el rigor en las búsquedas, el entusiasmo por la faena diaria y el concepto de originalidad y calidad como arma fundamental en cualquier análisis. El pequeño –casi diminuto espacio del CIL– sirvió para que asistiéramos, a veces desde ignorados rincones, a las más brillantes y controvertidas polémicas culturales de esas décadas. Vimos a Mario subir a los salones de reuniones con todo un arsenal de ideas –muy propias– y bajar con la misma tranquilidad, inamovible y porfiado en sus criterios. Lo vimos también, llegar una mañana, desde Alamar, con su *Cumpleaños de Juan Ángel*, y otro día, de pronto, anunciarnos: «Aquí está la *Poesía trunca*».

Alguna vez también nuestra directora Haydee Santamaría, a petición de Mario, nos visitó para «ver» el CIL. En esos encuentros, insólitos, sorprendentes, inesperados y llenos de imaginación, solo se hablaría sobre Solentiname, el último cuadro del pintor colombiano Obregón o la llegada a La Habana de Julio Le Parc. Nunca sobre *panoramas* ni *valoraciones*. Esas mismas que tiempo después, Haydee defendería con pasión y valentía si alguien insinuaba intencionadamente que se había incluido erradamente un juicio de Alberto Lamar Schweyer sobre Nicolás Guillén, de Arguedas sobre Mario Vargas Llosa o en los panoramas figuraban en demasía obras de José Lezama Lima o la inclusión de un libro con el equívoco título de *Lima, la horrible*.

Aquellas frustradas sesiones para conversar sobre el trabajo del CIL hicieron exclamar a Luz Benedetti alguna vez: «Che, Mario, ahora sí van a tener un diccionario completo».

Luz Benedetti visitaba cada día el CIL. Llegaba desde Canje y Divulgación, donde trabajaba con Silvia y Chiky, siempre sonriente y silenciosa, pero haciéndonos sentir, con fuerza, su espíritu sagaz e ingenioso. Nadie más ingenioso que Luz Benedetti en este mundo. Nadie como Luz para hacer sonreír a Mario de esa manera especial y cómplice. Ella, como ha dicho Silvia, escapaba de todo protagonismo (ni fotos, ni recepciones, ni encuentros). Su espacio era más amplio: el cotidiano –el complemento perfecto de la vida de Mario Benedetti–. No le gustaba escribir pero las cartas que nos hizo llegar están repletas de su gracia natural, su ternura y su fina ironía al no olvidar el «pescado rico» del comedor del INIT [Instituto Nacional de la Industria Turística], el aviso sobre lo bien aspectado que venían los años para los virginianos, su particular cronología sobre las bodas y divorcios (de Marta Traba a Fernando Uría) y de su cariñosa y velada crítica a nuestra congénita incapacidad para entender que aquel tratamiento de «Che Mario...», y «Che Luz...» que utilizamos, debía concordar con el *tú* y no con el *usted* (sonaba horrible, decía).

Una de sus cartas muestra su permanente sentido del humor, aun en los momentos más difíciles:

Yo sigo trabajando en la Aduana. Me están instruyendo un sumario, en el que el Fiscal del Gobierno pide mi destitución (con toda razón, por otra parte). Hasta ahora no tengo noticias de cómo va el asunto. Lo único que pude hacer fue jugar en la lotería mi número de registro de ese sumario y me saqué 90 000 pesos que me vinieron muy bien. [Montevideo, 19 de octubre de 1969.]

A Mario y Luz los vi, por última vez, en Mallorca, una isla –otra– que fue también de su agrado. En esa ocasión me reconfortaron de la tristeza del fallecimiento de mis padres. Sentí que los veía por última vez. Al despedirnos, en el aeropuerto, Luz se adelantó y exclamó: «Saludos a todos los cubanos», hizo una pausa, y añadió: «A los buenos».

Por esos mismos años, el poeta Roberto Fernández Retamar había descrito en más de uno de sus magníficos versos ese *antes y después* cuando de la ausencia definitiva de los seres queridos se trata. Con Mario y Luz he vuelto a sentir ese *antes y después*. Como bien expresó Hugo Achugar el adiós de ambos nos ha dejado huérfanos, añorándonos, en ese desprendido y fiel amor que nos brindaron siempre. **C**

DANIEL CHAVARRÍA

## Mario el maestro

En 1956, acabado de cumplir mis veintidós, regresé al Uruguay tras haber vivido algunos años en Europa, África y los Estados Unidos. Volvía a aquel paisito que conservaba cierta prosperidad, donde todavía los politiqueros criollos no habían agotado todo el mucho oro obtenido por la venta de carne, lana y trigo a los beligerantes de dos guerras mundiales.

El país se ufana de ser llamado la Suiza de América, a la que imitaba con su gobierno de presidencia colegiada y por ser la única república de la región sin golpes de Estado. Además, libres de analfabetismo, sin violencia, bien alimentados, ganadores de dos campeonatos mundiales de fútbol, el país escondía con bastante éxito la pobreza y la injusticia social, por cierto mucho menores que en otros lugares de la América Latina. Pero yo, que volvía de vivir en la inquieta y analítica Europa de posguerra, me sentí en un pozo oscuro.

A solo dos meses de haber retornado, ya hacía preparativos para volver a marcharme. No soportaba el conformismo político y el tedio cultural entronizado en el país, mientras el resto del Continente vibraba con los movimientos revolucionarios liderados por Getulio Vargas, Villarroel, Lázaro Cárdenas, Jacobo Árbenz, la gesta del Moncada.

Mi vocación novelística y mi total inmadurez para desarrollarla me inspiraban una obra épica para la que aquel Uruguay chato e inmóvil de entonces, no me ofrecía inspiración. Por mi propia miopía literaria, desestimaba la proyección social de una obra como la del gran Paco Espínola, ambientada en prostíbulos pueblerinos, o el minimalismo de Enrique Amorim, nuestros dos mayores narradores de la primera mitad del siglo xx.

Y cuando ya estaba a punto de marcharme a algún país donde ocurrieran cosas que algún día pudieran darme pie para escribir, cayeron en mis manos los *Poemas de la oficina* y luego *Montevideanos*. Yo no soy poeta ni cuentista, pero en estos dos estupendos textos me di cuenta de que con un gran talento literario se puede escribir una obra valiosa sobre la cotidianidad más banal o sobre aquel tedio montevideano, tan pegajoso y desalentador. Luego, en el 60, cuando leí *La tregua*, sentí vehementes deseos de conocer al autor y un día me animé a preguntar por él en el semanario *Marcha*. Mientras lo buscaban, me llené de ansiedad y miedo; me dije que aquello era una estupidez, y estuve a punto de escaparme, pero por suerte Mario estaba en una reunión y pude librarme del papelón sin tener que fugarme. Decirle cuánto me gustaba su obra era una tontería como la de pedirle un autógrafo; o una inconveniencia que de pronto interrumpía su trabajo o ahuyentaba su inspiración. Y al final me alegré mucho de no haberlo encontrado ese día, porque de seguro habría metido la pata.

De todos modos, al paso de los años leí con voracidad toda su obra; pero de hecho no volví a verlo hasta 1978, cuando yo acababa de publicar *Joy*, mi primera novela editada en Cuba. Y por esos días,

para mi enorme sorpresa, mis vecinos me informaron que un tal Mario Benedetti, de la Casa de las Américas, me llamaba por teléfono. Temblando de emoción, desconcertado, oí su voz cascada, muy porteña, que me preguntaba si yo era el autor de *Joy*, «un difícilísimo libro» del que le hablara nuestro compatriota Alfredo Gravina.

Lo de difícilísimo aludía a que los pocos ejemplares que yo enviara a la Casa estaban en manos de voraces lectores y en medio de interminables colas. Inflado de vanidad y satisfacción por aquel llamado y la perspectiva de un encuentro de igual a igual con quien fuera uno de mis ídolos dentro de la narrativa hispánica, no demoré ni media hora en estar frente a él y a Alfredo Gravina, otro escritor uruguayo que durante su exilio en Cuba fuera como Mario, trabajador de la Casa de las Américas.

Pero mi mayor satisfacción la tuve unos días después, cuando coincidiéramos en un mitín político del Partido Comunista Uruguayo. Tras comentarme el agrado con que leía literatura policial, en particular la línea dura norteamericana, que consideraba muy valiente y de alto valor testimonial en época del macartismo, me elogió en términos que me derretían de orgullo, cuánto le había gustado *Joy*; y para mayor placer comprobé que también él, como muchos otros que leyeran aquella trama, me sospechaba un agente de la seguridad cubana.

Sin haber sido nunca un gran lector del género policíaco, yo admiraba la obra de John Le Carré y durante los casi diez años que ya llevaba en Cuba había leído con avidez la abundante literatura soviética sobre espionaje y contraespionaje durante la Segunda Guerra Mundial entre rusos y alemanes. Y en *Joy* yo había inventado a mis anchas y atribuido a la contrainteligencia cubana técnicas y capacidades aprendidas de la KGB, que alcanzaban altos niveles de sutileza y difícilmente podrían ser de conocimiento de un uruguayo residente en Cuba desde pocos años antes.

No obstante, lo más beneficioso y positivo de mi relación con Benedetti, en visitas a su casa y en encuentros políticos de los numerosos exiliados, fue la influencia que sus comentarios ejercieron sobre el valor excepcional de poder escribir desde Cuba un género de gran público que hasta entonces fuera monopolio de los anglosajones, y hacerlo sin falseamientos de la realidad histórica y política.

En verdad, aquel joven poeta y narrador de los años 50, cuya obra me enseñara que los temas más intrascendentes podían ser materia de buena literatura volvía ahora a enseñarme algo fundamental para mi formación como novelista. Con toda claridad vislumbró la posibilidad que se me daba, única en el mundo, de escribir sobre hechos y personas enfrentados al poder de los Estados Unidos a nivel de inteligencia y contrainteligencia. Me hizo ver que los órganos de seguridad cubanos eran los únicos de Occidente que se oponían frontalmente a los manejos de la CIA y otros órganos del aparato norteamericano; y yo, como cultor de ese género, tenía el privilegio, repito, único en el mundo, de enfrentar a tan poderoso enemigo con personajes cubanos que hablaban español, bailaban son, comían arroz con frijoles y tomaban ron. Hubiera sido absurdo escribir tramas en las que cualquier occidental, ya fuera inglés, argentino, francés, mexicano o sueco, combatiera en oscuros rincones del mundo contra agentes de la CIA. Habría sido una falsedad histórica porque los servicios de seguridad de todos los países de Occidente, excepto los cubanos, dependían de lo que la CIA ordenara, y colaboraban servilmente con ella a ojos cerrados.

En estas breves palabras, en las que no caben los numerosos elogios atribuibles al enorme polígrafo que llegó a ser Mario Benedetti, no quisiera dejar de mencionar su condición de colega fraterno, siempre dispuesto a brindar un consejo, una crítica honesta, no solo a mí, sino a otros exiliados uruguayos, como Fernando Butazzoni, María Gravina, Horacio García Verzi, y a muchos cubanos que en los años 70 visitaban su casa.

Gracias por todo, Mario.

JUAN NICOLÁS PADRÓN

## El mejor ángulo, el de la vida

En los últimos días de 1994 me encargaron que prologara, urgentemente, una selección de la poesía de Mario Benedetti que el propio autor había preparado para la Casa de las Américas, institución donde desde entonces trabajo y que este año cumple su primer medio siglo de labor. La razón de la prisa era que Mario vendría en pocos días y esperaban por una presentación para concluir la edición que ya estaba hasta paginada y en imprenta. Conocía bien la obra de Benedetti desde los años 60, tanto sus poemarios como sus cuentos y sus novelas, e incluso el texto experimental de novela en versos o largo poema narrativo que lleva por nombre *El cumpleaños de Juan Ángel*, pero aquella antología llegaba hasta 1991, y su última producción poética solo la había leído de manera dispersa y parcial, fragmentaria, en selecciones de dudosa factura, pues su voluminosa creación era bien difícil de seguir. Entonces, opté por hacer un prólogo que no se refiriera a su obra.

Escribí un texto de cerca de nueve páginas con el título «El mejor ángulo de cielo», verso que sintetizaba una buena parte de lo que había intentado explicar: por qué Benedetti era tan popular. Me refería a una recepción descomunal por parte de distintas generaciones, diferentes culturas, diversos sectores, razas, géneros, opciones políticas, preferencias estilísticas; públicos degustadores de uno u otro tono; lectores exigentes y flexibles; receptores vinculados a determinadas profesiones u oficios que nada tenían que ver entre sí, y también aludí a ciertas relaciones con el humor que no pocas veces desconcertaban por aflorar hasta en poemas de hondo dramatismo. Mi aproximación, sin decirlo explícitamente, daba por sentado que su poesía expresaba con sinceridad y desenfado, sin almidón ni academia, sin corrección ni gelidez, lo que debía decirse en cada momento porque se imponían el «sentido común», la razón de la cotidianidad, la sustancia de una persona noble con alta dosis de humanismo y ternura, capaz de aunar la madurez del adulto con la imaginación y el candor de un niño.

Su obra es una crónica poetizada o narrada de lo vivido, una reflexión aguda después de un mate, un café o un trago, un descubrimiento de lo esencial en su aparente simpleza. Decir la verdad es una de las tareas más difíciles para cualquier escritor con ética, pero sostenerla en la «sociedad del espectáculo» es una heroicidad a la que algunos renuncian por no enfrentar los peligros que entraña moverse en esos límites. Benedetti, leal a su sencillez expresiva, partía de que se podía ser veraz y fiel a la esperanza; su escritura asumía la honestidad y el optimismo franco, sin que sonara a panfleto o doctrina, porque rehuía las deformaciones de ciertas izquierdas ingenuas o perversas, según la dádiva recibida o el callo pisado. Y el primer elemento convincente era un lenguaje sacado de las coronarias en sístole y diástole, sin preocuparse mucho por los registros de las neuronas. Esta buena razón le aportaba el mejor ángulo para ver las cosas, porque en ese hombre juicioso y sincero no había miedo ni dobleces.

Quizá por ello podía emitir en sus poemas juicios propios, fuera de las orientaciones o las opiniones de los partidos políticos, dirigidos por hombres que constantemente se equivocaban como cualquier ser mortal; o mantenía una burla socarronamente atea en momentos en que resultaba herejía casi merecedora de la hoguera no cumplir –o hacer creer que se cumplía– con cada uno de los sacramentos, algo parecido a lo primero; o se burlaba del ridículo enmascarado en poses y etiquetas, descubriendo las incoherencias de un modelo infestado de falsedades y crímenes; o proclamaba el imperio de la disidencia al hurgar una y otra vez en las costuras miserables que engendran el odio y el egoísmo; o les quitaba gravedad a las tragedias inconsolables del ser humano capaces de conducir a una tristeza sin salida, poniéndolas en una balanza junto a la dicha de un rayo de sol o la sonrisa de un niño, para mostrar el

latido de una germinación que nunca termina; o insistía en un fino erotismo a veces transformado en pícaro y jugueteo hasta el límite que marca la sexualidad «normal» de los criollos americanos, en especial los que más se acercan al sol del trópico.

Benedetti escribe poemas sobre las oficinas en que se desempeñó como chupatintas con sueldo miserable y trabajo burocrático; allí descubrió la robotización de los empleados públicos en el ambiente de empresas dependientes y menores de un capitalismo dependiente y menor. Se burla de pitucos y bitongos, se mofa del pudor de una pacata prensa que oculta verdades y produce las mentiras convenientes, pone en solfa la ignorancia y sangra por la insensibilidad, grita para descubrir el doble rasero y hasta aprende a tirar una trompetilla. Su obra desmitificadora rompe estereotipos y pone zancadillas a los mitologemas. Emigrante y emigrado, exiliado e inxiliado, expatriado y repatriado, voltea las nociones de patria, esa construcción del siglo XIX que por lo visto se prolongará en el XXI. Juega a ser uno y el mismo desde diferentes posiciones, pero nunca desde un rincón corrosivo o tembloroso, pues su capacidad instintiva de buen fotógrafo intuye el color rojo de la sangre para contar con él, y aprieta el obturador desde su predilección por el lado izquierdo, donde está el corazón.


El prójimo es su religión porque un escritor sin ese otro no tiene sombra. Repetido y musicalizado, copiado en libretas escolares y recitado en fiestas laborales y en amorosas serenatas, disfrutado en reuniones con amigos y admirado en multitudinarios recitales por viejos y jóvenes, en sus textos se resumen nuestras vidas: las confesiones de almohada y la declaración del arco iris, las provocaciones encendidas de los conspiradores y las dudas de los que piensan, el parpadeo causado por una sacudida o la sensual languidez de la mirada después del placer. Como en la Biblia, en su obra poética cualquier lector encontrará el verso que necesita para calmar su ánimo o para acertar el camino. Ofrece fórmulas contra los puentes levadizos y no pocas veces confunde el sueño y la ensoñación con la pureza de los expertos, una rareza aún por descubrir. No se puede detener frente a la injusticia ni tampoco ante la criminalidad; se sabe no solo comprometido o parcial, sino sectario para abolir «la libertad de preferir lo injusto», y no le cuesta para ello «quemar las naves».

Los versos de Benedetti no atienden a estructuras fijas de la tradición española ni a fórmulas experimentales; hablan el idioma de la calle, con las enumeraciones exageradas de quien desea compartir una larga reunión de copas y música; escudriñan en el tejido social y escogen la mejor esquina, la que sirve y es útil para continuar la lucha sin perder la alegría. Sus frases sin puntuación señalan el énfasis de las pausas según el contenido y una recitación sureña entre amigos en cualquier parte del planeta, con mucho o sin nada para brindar. El vos y su semántica se universalizan ante cada respiración del poeta para resucitar el arte de la recitación: la poesía regresa a su música; los juegos de palabras y los retruécanos expresan una proyección humana más allá de las voces; la repetición –énfasis socorrido de los malos poetas– le es útil para alcanzar un ritmo interesado, que prueba su eficacia comunicativa más que con un lector, con un oyente.

Al tanto de lo que está pasando a su alrededor y también muy lejos de él, no renuncia a actualizarse sobre lo que piensan y sienten los lectores que conforman una nueva generación; ese es el secreto de su eterna juventud, una perspectiva que constantemente se renueva en los coetáneos y en los contemporáneos. Sus poemas son los de los otros pero atiende a los que vienen llegando en ese constante fluir que se llama vida. Se trata de un hombre que sigue mirando al cielo sin dejar de ver el suelo, que no descuida la táctica por la estrategia, maestro en viceversas y discípulo de cada relatividad: un ser humano que nunca padece la soledad porque su vínculo con el prójimo –prójimo– no tiene ni tiempo ni edad y puede no solo mezclar sino integrar lo público con lo íntimo, los temas sociales con los privados, la política con el amor. El poeta se salva porque no piensa en salvarse, es eterno porque no cree en la eternidad.

Tenía una fuerte conciencia de pertenecer al sur, donde hay que construirlo todo, hasta la certeza de que «nuestro norte es el sur». Estaba convencido de que su fuerza se basaba en la combinación estadística en que se ordenan las palabras para alcanzar mayor eficacia. Con esas dos convicciones marchó por el mundo, sin más defensa que su nobleza de espíritu y su divisa de Quijote: decir la verdad aunque cueste la vida. Así fue construyendo su obra: ladrillos de sucesos con ladrillos de vivencias, ladrillos de recuerdos con ladrillos de nostalgias, ladrillos de ternuras con ladrillos de desengaños. Y se siguió inventando nociones de patrias que nunca pudo resumir porque le estorbaban las parcelas, los límites, esas rayitas en el mapa, los cambios de color para indicar diferencias apenas perceptibles en la realidad. De tanto estar en el Norte e ir al Sur, o de tanto vivir en el sur rumbo al norte, ya no reparaba en puntos cardinales porque su geografía abarcaba el planeta. Era un viajante de sueños, un tramitador de esperanzas, un agente de seguros que tenía un pacto secreto con el cielo.

Ahora, sin que nadie me lo haya encargado, escribo rápido estas líneas tan espontáneas como la poesía de Mario Benedetti y aún más veloces que aquel prólogo que hube de redactar; hoy muchos nos empeñamos en la organización del homenaje que la Casa de las Américas le rendirá en el momento en que ocurra su entierro; quiero creer que está volviendo como vuelven los poetas y nos va a seguir haciendo preguntas al azar para seguir lanzando flechas al firmamento. Los que ahora trabajamos en el mismo lugar que él ayudó a fundar, el Centro de Investigaciones Literarias, hemos tenido el reto y el privilegio de continuar con su labor; alguna vez hallaremos una botella en el mar con un nuevo poema, será en la mañana o en la tormenta, en su malecón habanero y muy cerca de la institución en que todos lo recuerdan; de vez en cuando se podrá escuchar otra vez la segura y tenue voz del poeta que tanto le cantó a la alegría y cuyo optimismo no pudo ser velado por el sufrimiento; volverá mañana para recordarnos que siempre podremos ver «el mejor ángulo de cielo», porque siempre habrá el espacio de esperanza que él ayudó a forjar.

19 de mayo de 2009 

GENNARO CAROTENUTO

## Mario Benedetti: nostalgia de un poeta del pueblo\*

Ha muerto en Montevideo Mario Benedetti, escritor, periodista, revolucionario, pero sobre todo, poeta. Era el poeta del pueblo, cantaba al amor y a la Patria Grande y llamaba por su nombre y apellidos a los enemigos de la América Latina. Militante político latinoamericanista, perseguido y exiliado durante la dictadura, conciencia crítica del novecientos, fue un cantor a la alegría del amor. El lenguaje, la sensibilidad, la modestia y el humanismo hicieron que fuera, entre los grandes poetas latinoamericanos del siglo xx, de seguro, el más popular. Don Mario Benedetti fue, ante todo, algo que sucede raras veces en la poesía, conocido y amado por las multitudes, por millones de personas que de una punta a la otra del Continente se saben y recitan de memoria decenas y decenas de sus versos: «Táctica y estrategia», «No te salves», «Quemar las naves», «Hagamos un trato», «Defensa de la alegría» y cientos más.

\* Tomado de *Latinoamerica*, No. 106-107, enero-junio de 2009, pp. 184-185.

Las multitudes invadían sus recitales, enormes cantidades de personas lo seguían desde Ciudad de México a Buenos Aires, desde Santiago de Chile hasta Madrid y, obviamente, hasta Montevideo, la ciudad que aparece reflejada en todas sus novelas, desde *La tregua* hasta *Gracias por el fuego*, lo mismo que en su poesía. Madrid y La Habana constituyeron centros de su vida artística y del intelectual comprometido plenamente con la causa de los pueblos.

En los recitales, aparecía a menudo acompañado por la voz inconfundible y la guitarra fraternal de Daniel Viglietti, y antes de eso, en los campos de concentración de las dictaduras donde sus poesías corrían de boca en boca, los lectores de Benedetti se enamoraban y desenamoraban, bajaban a las plazas y se politizaban y sabían sentir en su piel las injusticias del mundo. Fue el primer poeta en gritar «consternados, rabiosos» por el asesinato de Ernesto Guevara, por la muerte de Salvador Allende, «el hombre de la paz» y en denunciar la muerte imperdonable del poeta salvadoreño Roque Dalton.


Oriental y latinoamericano universal fue en Montevideo y con Montevideo que ambientó sobre todo las novelas, la ensayística, pero también parte de su poesía. Y a Montevideo fue a residir los últimos años en un apartamento de un condominio sencillo en la esquina entre 18 de Julio y la calle Zelmar Michelini, que lleva el nombre del político fundador de la coalición de centroizquierda del Frente Amplio, asesinado por la dictadura. Y la ciudad se identificó con su poeta al proclamar luto nacional por su muerte, después de estar durante semanas atentos a los partes médicos, desfilan desde hace catorce horas (al finalizar este artículo) decenas y decenas de miles de personas para rendir homenaje a su poeta.

De antepasados umbros, nació en 1920 en Paso de los Toros, en el departamento de Tacuarembó, en el centro del país, en el mismo lugar donde, según la tradición oriental, nació Carlos Gardel en 1887. Muy temprano se casa con Luz Alegre, el amor de toda su vida, presencia imprescindible, cuya enfermedad y muerte le provocaron a Benedetti sufrimientos insoportables en los últimos años. Desde entonces, comienza una vida muy normal y legendaria al mismo tiempo, como docente universitario, periodista, escritor y poeta. Es la vida de un «aguafiestas», como se tituló una de las biografías que a él le dedicaran. Estuvo entre los principales dirigentes del Movimiento 26 de Marzo, fue el brazo político de la guerrilla de los Tupamaros; en el momento del golpe de Estado tiene que exiliarse primero en Buenos Aires, luego por poco tiempo en Lima, más tarde en La Habana y, por último, en Madrid.

El exilio se prolonga diez largos años y regresa a Uruguay solo en 1983, donde comienza lo que define con el neologismo «desexilio». Comienzan años de grandes reconocimientos internacionales, pero lo más importante es que generaciones de latinoamericanos lo consideran un maestro de la vida. Benedetti a través de todos esos años se mantiene fiel a sí mismo y a la historia del Continente, a la crítica despiadada del neoliberalismo, a mantener el recuerdo y a clamar justicia para los desaparecidos y a defender la Revolución Cubana, «un hecho fundamental y justo» para la América Latina «que los europeos no pueden entender».

La nueva primavera del Continente llega en los años más difíciles y dolorosos para quien había escrito *Primavera con una esquina rota*. Don Mario no deja de seguir con afecto y de expresar su apoyo al gobierno del Frente Amplio en Uruguay, a Hugo Chávez en Venezuela (que fue a Montevideo a verlo en una de las apariciones públicas del poeta en 2007), a Evo Morales, a Lula y a la Revolución Cubana.

Después de una vida en la oposición, el poeta del pueblo nos abandona cuando ese pueblo toma las riendas del gobierno «y en la calle codo a codo / somos mucho más que dos».

31 de mayo de 2009 

Traducción del italiano por Noemí Díaz Vilches

SILVIA GIL

## Luz, la de Benedetti

Se me ocurrió escribir estas notas cuando Masa, el sensible presidente de mi CDR, nos llamó para darnos el pésame por la muerte de Benedetti. Él recordaba con nitidez, como si tuviera treinta años menos –ahora tiene casi noventa–, las dos veces consecutivas en que Mario esperó con nosotros, los miembros del Comité de nuestra cuadra, la fiesta del 28 de Septiembre. Los dos lamentábamos no tener fotos de esos momentos.

Luz, la de Benedetti, no hubiera estado en esas fotos. Le huía a todo lo que pareciera un acto público. Quizá solo nosotros, la «tribu» –así nos llamaba Mario– y, por supuesto, la gente de la Casa, podamos dar fe de esos instantes memorables que sin embargo no quedarán registrados ni en fotos ni en biografías.

Cómo olvidar los días del ICA (el Instituto de Ciencia Animal), y a Rebellón, Mariano, Trini, Adita, Chiki, Beba, Lesbia, Elena Aub, Irene y el resto de los trabajadores de la Casa, todos sumergidos «en el verde», y junto a ellos, codo con codo, a Mario sacando «yuyos», «en el surco interminable y enemigo». Sacando yuyos pese a la torpeza de unas manos cuyas ampollas, por cierto, Adita nos frotaba sin misericordia, en las noches, con agua de alibur. Tanto Mario como yo tuvimos que ir a un médico en Güines que nos recomendó muy seriamente volver a nuestras casitas. El fertilizante que les echaban a aquellos sembrados no era compatible con nuestras respectivas alergias.

Y de la imagen del campo sale de pronto la del apartamentico de los Benedetti en Alamar, una muestra de nuestra exagerada austeridad y de la infinita modestia de ellos. Les parecía *natural* venir al trabajo –a la Casa de las Américas– en una guagua de la ruta 215 (Alamar-Parque Central), y en el Parque Central tomar un taxi –un «botero»– que los dejara en Línea y G para caminar hasta la Casa y estar allí a las ocho en punto, como el resto de los trabajadores. Mario iba derecho para su CIL –el Centro de Investigaciones Literarias que él mismo había fundado– y Luz para el Departamento de Canje, donde era una trabajadora más: abría paquetes y registraba, en las correspondientes tarjeticas, las decenas de libros y revistas que llegaban para nuestra Biblioteca. (Lo hacía siempre a mano y de pie porque, según ella, siempre tenía sueño y si se sentaba, se dormía.) De vez en cuando iba a Distribución, nuestra seccioncita anexa, y conversaba un ratito con Rolando o se encontraba con Esmérito –trabajadores a quienes «che Lu» distinguía mucho–, o venía Umberto Peña al Departamento a ver a la «Lumière» y conversar sobre ovnis y signos del zodiaco. De esa época me quedó a mí la costumbre de no poner la cartera en el piso, porque ellos aseguraban que el dinero «podía irse por ahí».

Recuerdo que Luz, en uno de aquellos viajes de regreso a Alamar, metió el pie en un hueco y solo supimos lo que le había ocurrido cuando, tres semanas después, regresó muy oronda al trabajo. Había tenido una especie de esguince en un tobillo y decidió someterse por su cuenta a reposo absoluto; en su juventud había tenido una desafortunada experiencia con un médico y no quería repetirla.

Hubo una época en que Luz se ausentaba por razones de fuerza mayor: se iba a Montevideo para estar con su mamá, que ya era muy viejita. Y además, porque tenía que hacerse presente para conservar su trabajo en la Aduana. Daba grandes rodeos para entrar a Uruguay. Ella pensaba –y yo me permitía dudarle– que la policía uruguaya no sabía que estaba en Cuba. Esa era otra de las razones por las que se escondía donde hubiera fotógrafos.

Luz sentía fascinación por Italia y los italianos. Aunque lo confesaba con cierta picardía, siempre supe que se refería a los antepasados de Mario. Este gusto la hacía viajar con frecuencia a aquel país,


cuando estaba en España. Alguna vez Ambrosio, de paso por Madrid, no pudo verla porque estaba de viaje; efectivamente, cuando le entraba la nostalgia se iba a Italia a mirar italianos.

Mis «chiquilines», o «botijas», la adoraban. Era una fiesta pasar ratos con ella. Siempre que venía a La Habana les traía un juego nuevo, como aquel que todavía recuerdan con cariño: La generala. O bien un nuevo libro, el más espectacular de los cuales fue uno de Mafalda. En cada nuevo viaje enriquecía la colección con un tomito recién aparecido..., esos mismos *Mafalda* que hicieron después las delicias de mis nietos.

Como Mario era tan distraído, Luz siempre hacía bromas con sus despistes. Él refunfuñaba un poco para después reírse también de sí mismo, junto con ella. Se complementaban, él con su distracción y ella con su sentido práctico, un sentido muy aguzado de lo útil. Nunca venía cargada de regalos. Siempre pensaba en qué podía traerte que te sirviera para algo, que te proporcionara alguna comodidad... Entonces venía con un encendedor para la cocina, o un pequeño calentador para el agua del té, o un rayador de queso, o una hornillita minúscula para el cafecito del Departamento... Cierta vez le regaló a Ambrosio una mochila tan resistente que todavía le dura.

En una ocasión los visité en su apartamento de Madrid. Allí Luz me mostró su inmensa colección de libros infantiles. No era una especialista, era una adicta, una degustadora de libros para niños.

Ya Luz y Mario no están entre nosotros. Ante esa realidad, ¿qué podemos decir? Apenas unas palabras: los extrañamos mucho.

La Habana, 21 de mayo de 2009 

ARIEL SILVA COLOMER

## Somos militantes de la vida

Tanto se ha escrito sobre su obra, su persona, tanto se lo ha citado, cómo no repetirse. Me encuentro congelado bajo una lluvia de condolencias, desamparado, abrazando estas palabras de tierna angustia, que en realidad son suyas. Estar junto a Mario fue recibir la enseñanza y el ejemplo, ver de cerca su compromiso por lo humano.

Un trabajador incansable, de una impresionante rigurosidad, vasta cultura y gran espíritu crítico, cualidades que lejos de convertirlo en un hombre parco, acompañó con su gusto por el diálogo, su cálida sencillez y su entrañable sentido del humor.

Por tomar solo un verso, de uno de sus más de mil cuatrocientos poemas, elijo «somos militantes de la vida». Creo ver allí al ser humano, que toma su instrumento, la palabra que surge de la realidad que vive, construida por su accionar, sometiendo a prueba la capacidad de transformación, tal como él mismo sostuvo.

Su prolífica obra, siempre producto de la tensión sobre el discurso hegemónico, al que se opone, se manifiesta con la identificación permanente de su público. Cuando hay una demostración de reciprocidad tan evidente se genera un lazo muy fuerte. Mario toma de la gente y devuelve a ella sus propias palabras, pero universalizando su forma. Cuántas veces acudimos a su obra para decir algo acabado y comprensible, con tanta eficacia.

Quienes tuvimos el placer y el privilegio de conocerlo y tratarlo, sabemos de sus principios, de su gran sentido de la lealtad y eso nos empuja a seguir su ejemplo. Y quienes no lo conocieron, pues lean su obra, Mario está en ella como pocos.

Agradezco infinitamente el honor de ser parte de este homenaje a Mario desde la Casa de las Américas, «su Casa», como solía llamarla. **C**

DANIEL VIGLIETTI

Ante la pérdida de nuestro Mario Benedetti, estamos todos consternados, como escribía él cuando la muerte del Che. Nos quedamos sin Mario, pero su pluma nos deja el alma llena de versos sencillos, sencillos en la altura, como aquellos del cubano José Martí que él tanto admiraba. Y nos deja, ramas del mismo árbol fecundo, la novela, el cuento, el ensayo, la obra teatral, el periodismo, la canción. Una pluma mágica y multifacética que generó, sin premeditación, desde todos esos géneros, modelos de conducta, un rigor ético equilibrado con la belleza de lo estético. Como se sabe, ética cabe dentro de la palabra estética, eso nos lo demostró Mario desde su creación. Imposible separar al Benedetti persona, de la obra generada, de la página nacida. En ese sentido Mario es una unidad dialéctica difícil de encontrar en otros territorios de lo cultural.

Todos sabemos que era un ser ejemplar en su modestia, en su auténtica sencillez, en su valiente ternura, en su solidaridad.

Mario no necesita que lo idealicemos, porque es un ideal en sí mismo, toda su obra está tocada por un horizonte utópico, en que el arriba se inquieta, y el abajo se mueve indócil.

Desde su coherencia nos ha enseñado cómo el humor puede ser fértil, cómo el amor y la lucha pueden ser cómplices, cómo la confianza en el hombre, en el otro, en la otra, tiene que anteponerse a toda desconfianza. Él creía en el prójimo sin necesidad de mayores pruebas. Creía, sin laberintos, en los otros y los traía cerca. A nadie le cabe duda de que, como en su poema, defendía la alegría a ultranza. Construía puentes de alegría para oponerse a la tristeza y a la muerte. Era un extremista del optimismo y de la esperanza, sin dejar de lado un agudo sentido crítico y una profunda preocupación por la gente. Un hombre, ya lo dijimos, de una modestia ejemplar, que su amigo Eduardo Galeano explica diciendo que Mario Benedetti no se daba cuenta de que era Mario Benedetti.

Ayer los ríos de gente manifestaron su enorme cariño hacia Mario. Fue emocionante ver las largas filas de personas de diferentes generaciones y clases sociales, todo un pueblo subiendo las escaleras de entrada al Palacio Legislativo, llegando hasta las cercanías del cuerpo sin vida del poeta. ¿Sin vida? Su admirado César Vallejo decía: «tanto amor y no poder nada contra la muerte». Sin embargo, Mario logra sobrevivir en los demás por lo que ha pensado, por lo que ha escrito. Por lo que ha amado: recordemos a Luz, su compañera de toda una vida, tras cuya muerte Mario empezó a irse de a poquito. Por el cariño hacia su hermano Raúl, a quien tanto protegió siempre. Por la cantidad de amigos que fue abrazando aquí y en tierras lejanas.

Sobrevive en los demás también por su compromiso en la lucha política, antes y durante los años de plomo, cuando entre sus amigos contaba, al paso del tiempo, con Raúl «Bebe» Sendic, Zelmar Michelini, Líber Seregni.

Su permanente lucha contra la injusticia y la impunidad se manifestó recientemente en su solidaridad con Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos y su apoyo a la Coordinadora por la Anulación de la Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado.

Mario, como persona, se hacía querer con su rostro tierno, su bigote y jopo invencibles, su mirada limpia, su sonrisa que aun en medio de estos períodos de enfermedad, afluía consolando o agradeciendo a Ariel, su leal secretario, y a los fieles, trabajadoras y trabajadores, que lo cuidaban sin falla.

Déjenme decir que he perdido a un amigo esencial que mucho me enseñó sobre la vida, sobre el arte, sobre la pasión del cambio. Un ser generoso como pocos. En lo cotidiano, Ricardo, Coriún, Silvia, Diana, tantos otros aquí presentes, tendremos que acostumbrarnos a encontrar en el recuerdo de su amistad, la fuerza y la calidez de su palabra.

Esta visión de multitud, ahora, antes de la última puerta, este dolor colectivo, es una prueba, Mario, de que tu ejemplo y tu obra serán defendidos por todos nosotros y con alegría.<sup>1</sup>

En esta etapa en que nos toca vivir sin Mario, nos conmueve ver el crecimiento del abrazo a su memoria desde tantas gentes en tantas partes. Ha dejado un gran vacío. Pero su obra generosa se las ingenia para llenar ese vacío con páginas poéticas, noveladas, ensayísticas, lo que es una suerte de sobrevida benedettiana, de la que todos estamos pendientes, y en particular la recién nacida Fundación que lleva su nombre.


Me costó mucho aquella noche en vela escribir esas palabras de adiós a Mario para leerlas a la mañana siguiente en el Panteón Nacional. Y me sigue siendo difícil escribir sobre él, ahora para la revista de esa Casa de las Américas que él tanto quiso y a la que tanto contribuyó con su inteligencia, erudición y energía de trabajo. Mario era como un obrero de la construcción, tenaz, curtido de hojas en blanco que hay que poblar. Ajeno a cualquier tentación ante el más pequeño de los privilegios, aunque fuera chiquitito así... Su lealtad a la Revolución Cubana y su entrega a ella fueron ejemplares. Supo poner sus manos en la Isla del trabajo voluntario. Sin dogmatismos logró plasmar en él mismo lo que tiempo después definiría en otros como ser *militante de la vida*. Su período de dirigente político quizá le quitó más aire que el asma y supo volver al escritor que no sabía ni quería eludir compromisos y cuya vida tanto peligró entre el Uruguay de la dictadura y la Argentina de los escuadrones de la muerte. Siendo el afamado intelectual que era, uno podía sentir en él al amigo a quien se le puede contar una confidencia en la mesa de un bar, de igual a igual. Con Mario compartimos varias amistades comunes, entre las cuales está la luchadora paraguaya Soledad Barrett, quien en un encuentro montevideano nos tocó el alma como un hada haciendo más profundo el vínculo entre el escritor y yo. Ella, Soledad, que años más tarde, ya sin poder saberlo, sería el tema fundador de nuestra experiencia *A dos voces*. Allí, en el escenario, se respira al otro, se pueden captar pequeñas fallas en la generosidad, egos que se amplifican, en fin, se puede saber bastante quién es el otro en su interior. Y yo supe quién era Mario en la cotidianidad de los ensayos, en las muchas giras compartidas en el exilio y después, en la delicadeza de su exigencia. Cuando retomo ahora alguno de aquellos materiales en que mezclábamos poemas suyos y canciones mías, siento como una silla vacía al lado mío, aquel sillón vaivén que era su única urgencia cuando llegaba a la función y no lo había. Fui testigo de su amor por la guitarra, instrumento que oía muchas veces cuando escribía. En un momento de no sé qué ensayo, percibí que, en su entusiasmo, él tenía la tentación de cantar. Se lo dije y participó desde entonces en aquel estribillo del *larai larai laralero* de *La llamarada* y Mario era ahí como un niño-abuelo, novelero con su canto. En aquella

<sup>1</sup> Hasta aquí palabras de Viglietti en el Panteón Nacional del Cementerio Central de Montevideo, antes de dar sepultura a Mario Benedetti, el 18 de mayo de 2009.

experiencia de *A dos voces* yo sentía –y recorro al humor rioplatense– que él era Gardel, la voz principal, y yo Razzano, haciéndole dúo.

Hace unos cuantos amaneceres que se nos vuelve difícil a muchos decir buen día sabiendo que Mario no está.

O acaso está, titilando en el firmamento de nuestra memoria, como esa estrella que él no creía ser.

Montevideo, 4 de agosto de 2009 



Premio Casa de las Américas 1980. MARIO BENEDETTI, MARIANO RODRÍGUEZ y HAYDEE SANTAMARÍA.  
Sala Che Guevara.

PABLO ROCCA

## Apuntes sobre el escritor popular\*

## 1. ¿Un realismo crítico social?

Más que la literatura de Gabriel García Márquez, de Mario Vargas Llosa o de Eduardo Galeano –solo por citar tres casos hiperdifundidos– la de Mario Benedetti ha logrado, en las últimas décadas, conquistar un indeclinable público adicto en España y en sus antiguas colonias. Benedetti escribió hasta los últimos días de su vida, más de sesenta años después de la inauguración «oficial» de su carrera literaria, cuando en 1945 publicó el pequeño libro de poemas *La víspera indeleble*, el único que nunca autorizó a reeditar. Hasta pocos años antes de morir se exhibía públicamente en lecturas de textos, en espectáculos –como *A dos voces*, que ha repetido innumerables veces junto a Daniel Viglietti–, en entrevistas para los medios, algo menos en foros, en congresos y universidades, aunque últimamente, y a ritmo sostenido, varias de estas –en la América Latina y en España– le otorgaron el título de doctor *honoris causa*.<sup>1</sup>

Sin necesidad de ejercer todo ese avasallante despliegue, y mucho más lejos de las esmeradas y contemporáneas operaciones de *marketing* –tan funcionales a ese éxito– en la segunda mitad de los años 60 la recepción de la obra benedettiana alcanzó en Uruguay proporciones masivas. Lo consiguió por cuenta de la difusión de su obra periodística y literaria –si bien estas fronteras, en su caso al menos, no siempre pueden discriminarse–, en publicaciones periódicas (el diario *La Mañana*, el

\* Con el título algo pretencioso «Algunas hipótesis sobre el escritor popular», una primera versión de este texto –que ahora cuenta con abundantes modificaciones y ajustes– se publicó, en las *Actas de las Jornadas de Homenaje a Mario Benedetti*, Sylvia Lago y Alicia Torres (comps.), Montevideo, Departamento de Publicaciones, Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1997, pp. 171-179. [N. del A.]

1 En España, la primera Universidad en otorgarle ese título fue la de Alicante, en 1997, pero además varias ciudades españolas tienen calles con el nombre del escritor. En su país de origen alcanzó esa distinción en 2005. En Uruguay está prohibido por ley asignar el nombre de una persona viva a cualquier señal patrimonial pública. Por lo pronto, además de la difusión masiva de que trata este artículo, existe en el barrio Brazo Oriental, de Montevideo, un comité de base de la coalición de izquierda Frente Amplio que lleva el nombre de Mario Benedetti. Cuando se produjo su deceso, en abril de 2009, el gobierno decretó exequias oficiales, se le veló en el Palacio Legislativo y se le enterró en el Panteón Nacional.

semanario *Marcha*) y por la surtida gama de libros que, entonces, sobre todo, editaba en los sellos Alfa, Arca y Aquí Poesía. De paso, a través de esa singular fortuna, el incipiente mercado editorial montevidiano encontró su primer ansiado triunfo, su primer *best seller author*. Acontecimiento tan asombroso para los cánones de la época sacudió a la exigente crítica literaria de Montevideo de entonces. El 24 de enero de 1960, uno de los críticos más activos y mordaces, Ruben Cotelo, se adelantó a las habituales lecturas sociológicas de esta obra que dominarán por lo menos hasta el siniestro año de 1973, cuando se produjo el golpe de Estado en Uruguay:

Benedetti ha visto tempranamente, por lo menos desde hace diez años, el fenómeno que hoy comienza a inquietar a algunos observadores perspicaces y que una terminología de moda podría designar como *el drama de los terciarios*, carcomidos por la inflación, proletarizados en sus medios de defensa [...]. Escritor de las clases medias, lo intuyó apenas iniciado el proceso, en los bordes de la euforia final, cuando lo primero que empezó a resquebrajarse fue la seguridad personal.<sup>2</sup>

Vista así su estrategia estética, solo alineada en una suerte de realismo crítico del derrumbe de la bienhadada sociedad montevidiana pequeñoburguesa, la obra benedettiana parecía tener corto vuelo y vida breve. El diagnóstico, por cierto, no se cumplió. Al menos en lo que atañe a la viabilidad de la circulación de sus libros entre el público, más bien pequeñoburgués, y no solo de sociedades en estado de descomposición sino, mejor aún, en aquellas –como la española– que hacia 1970 empiezan a ingresar en un capitalismo consumista que asegura, cada vez más, mejores estándares de vida dentro de las reglas de ese sistema en el «primer» mundo. Sea como fuere, era muy difícil en 1960 prever la curiosa suma de elementos que promoverían a grados de popularidad insospechada, y pocas veces vista antes en el mundo periférico, a alguien que –a su vez– era dueño de una formación cosmopolita construida a fuerza de voluntad personal y por contagio de un campo intelectual como el montevidiano, que había permitido esa disciplina y esas prácticas. Un escritor de obra ya vasta, multiforme e, inevitablemente, irregular, tanto más cuanto esa aceptación del mercado lo instó a publicar más y más, alimentando su legítima vocación creativa a la par que alimenta los activos de las empresas editoriales, que lo difunden en colecciones populares o en gruesos tomos de cientos de páginas, en títulos unitarios o en antologías que –una y otra vez– cruzan textos para satisfacer todos los gustos o afinidades.

## 2. Clases sociales, literatura, cine

Desde hace unos cuantos años el público ha pasado también a leer sus textos poéticos, acontecimiento aún más inusual, puesto que contadísimos son los poetas que en cualquier parte pueden tener la posibilidad de que sus libros sean aceptados por alguna casa editorial. Menos si estas pertenecen, como le pasa a los libros de Benedetti, a los sellos de mayor distribución en todo el orbe de lengua castellana, como es el caso del grupo transnacional Planeta, que no se amilana ante los volúmenes particulares ni ante los centenares de páginas de la obra lírica reunida, hasta la fecha, en varios tomos titulados *Inventario*. Pero, además, esos poemas se reproducen en tarjetas o en modestos cuadritos naïfs que penden de las paredes de cualquier quiosco en el más remoto pueblo hispanoamericano, en el barrio más secreto.

2 Ruben Cotelo: «Aquí y ahora», *El País*, Montevideo, 24 de enero de 1960, p. 6 (sobre *Montevideanos*).

Popular, popularidad. Los términos exigen ser ajustados al «objeto». Algo difícil de establecer, justamente, es la categoría de «popularidad» en la obra de Benedetti ligada a los receptores de clases medias. Néstor García Canclini ha propuesto que «lo popular, conglomerado heterogéneo de grupos sociales, no tiene el sentido unívoco de un concepto científico, sino el valor ambiguo de una noción teatral». El pueblo ha sido, desde el Iluminismo, un motivo de preocupación para las elites que han ensayado diversas formas de *representarlo* en el teatro de la vida política y cultural: «los folcloristas hablan casi siempre de lo popular tradicional, los medios masivos de popularidad y los políticos de pueblo».<sup>3</sup> Para el caso de la literatura de Benedetti cuando se utiliza este sustantivo se suele aludir, desde la lejana interpretación de Coteló, a la primaria aceptación por parte de las pauperizadas clases medias urbanas. El curso de los años y las aceleradas transformaciones del mundo, obligan a desanudar esta lectura. Gracias a vías indirectas de difusión –los carteles, los cuadritos, los marcadores de libros, las canciones sobre sus textos– esta obra ha conseguido expandirse hacia otros sectores menos letrados y más empobrecidos. Y, por la comparecencia de otros fenómenos, incluso ha llegado a los sectores sociales acomodados y no necesariamente más cultos, ya que solo sus miembros son los eventuales consumidores de algunos libros de encuadernación refinada (tapa dura y sobrecubierta), papel de calidad, nutridas fotografías y en tiradas no precisamente reducidas. En suma, los últimos años mostraron que la obra de Benedetti se ha adaptado –muy a su pesar y a sus airadas críticas– a la maleabilidad del capitalismo posmoderno, cubriendo el arco entero de las posibilidades del mercado: el artículo en el periódico radical, la modestísima hoja volante –impresa sin autorización de sus celosos agentes editoriales–, el libro de bolsillo y de bajo costo y hasta el volumen caro y un poco sofisticado, como el reciente *Memoria y esperanza. Un mensaje a los jóvenes* (Barcelona, Destino, 2004).

Parecería que son sus poemas de amor, como «Táctica y estrategia», los primeros que enganchan al receptor virgen de esta era *massmediática* y de cualquier estrato social. No en vano, este poema es el que recita de memoria el personaje de la prostituta montevideana en *El lado oscuro del corazón* (1992), filme de Eliseo Subiela. Los célebres versos pertenecen a la segunda sección del libro *Poemas de otros* («Los personajes»), en los que el poeta le presta la voz a Martín Santomé, protagonista de la novela *La tregua* (1960):

*mi estrategia es  
en cambio  
más profunda y más simple  
mi estrategia es  
que un día cualquiera  
no sé cómo  
ni sé  
con qué pretexto  
por fin  
me necesites*<sup>4</sup>

En el filme, la cita tiene una función narrativa sutil y de núcleo para entender la relación entre Oliverio y la prostituta, ya que dichos en el primer contacto entre los personajes, estos versos adelan-

3 Néstor García Canclini: *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989. Véanse, especialmente, capítulos V y VI.

4 Mario Benedetti: *Inventario*, 8va. ed., Madrid, Visor, 1990, pp. 278-279.

tan los pasos de la historia e iluminan ese «lado oscuro» del peleado amor entre un hombre y una mujer, que viven separados por el río de la Plata y que viven ajenos a un mar de convenciones y prejuicios arraigados en sus comunidades. La elección de estos rinde homenaje, en principio, a Martín Santomé y a Laura Avellaneda, la pareja feliz de *La tregua*, asimétrica y feliz y al fin frustrada por la muerte repentina de la muchacha. Las dos parejas son muy diferentes y son sustancialmente idénticas. Una y otra están unidas por el habitual nexo de las relaciones afectivas –siempre heterosexuales– de los personajes de Benedetti: la imposibilidad de pertenecerse de modo pleno; el fracaso que acecha en el momento menos pensado, que siempre espera en el último trecho del camino, como sucede emblemáticamente en el cuento «Sábado de Gloria», de *Montevideanos* (1959). Algo semejante le ocurre a Ramón Budiño y a su esposa Susana en *Gracias por el fuego* (1965) y, peor aún, al mismo personaje y su cuñada Dolly (Dolores), de quien está perdida y patéticamente enamorado.

Ensayemos una pequeña rectificación: el cercano y firme triunfo de la poesía benedettiana entre públicos masivos (adviértase que prefiero vacilar en el uso del término «popular») viene desde lejos. No solo sus relatos conquistaron admiradores seguros a partir de los cuentos de su cuarto libro de narraciones (*Montevideanos*). *Poemas de la oficina* (1956) despachó en unas semanas su primera edición:

Para mi asombro el primer libro mío que se agotó en quince días fue *Poemas de la oficina* (Montevideo, Número, 1956). Eran quinientos ejemplares, pero de los anteriores en ese mismo plazo no había vendido ni diez, y muchos estaban todavía de clavo. Hasta que me empezó a editar Alfa y yo tenía que solventar mis libros con préstamos del Banco República. De los *Poemas de la oficina* había salido un adelanto en *Marcha*, así que cuando apareció el librito se vendió muy bien.<sup>5</sup>

Con este delgado tomo también en la poesía uruguaya se legitimaba una línea coloquial que venía ganando terreno –en Líber Falco, por ejemplo–, ahondando ahora el decir «sencillo», ingenioso e irónico sobre las rutinas cotidianas que habitaban el hipotético microuniverso del oficinista de entonces. Como había ocurrido con el maestro rioplatense de Benedetti, Baldomero Fernández Moreno, o como acababa de producirse con los *Antipoemas* (1955) de Nicanor Parra, el coloquialismo lírico de Benedetti empezó a cundir en el campo poético uruguayo, imponiéndose, de a poco, a la angustiada dicción de un Neruda, a la poesía cifrada en la metáfora y el símbolo que, pese a los ataques de que había sido objeto por gran parte de la crítica del medio siglo uruguayo, continuaba ejercitándose. En verdad, no es raro que *Poemas de la oficina* se agotara tan pronto. Muchas voces y muchos oídos montevideanos estaban alertas o, mejor, estaban a la búsqueda de una voz con la que identificarse. Otro giro complementario sucederá hacia fines del siglo xx, cuando a ese decir «antipoético» se aliara una tendencia neosentimental y otra vertiente crítico-política, en general corriendo por vías separadas pero en armónico contacto, como puede verse, entre otros tantos títulos, en *Preguntas al azar* (1986), *Las soledades de Babel* (1991) o *La vida, ese paréntesis* (1998).

En suma, todo ese caudal, para mediados de los 90 recibió el beneficio directo del cine con la película dirigida por Eliseo Subiela. De paso, en *El lado oscuro del corazón* este director no solo utilizó los textos de estos libros y de otros anteriores, junto a los de Oliverio Girondo, sino que además hizo actuar al propio Mario Benedetti –ataviado de marinero– recitando en alemán uno de sus poemas en la escenografía de un bar prostibulario en el puerto de Montevideo–. Los versos representativos de una

5 Testimonio del autor que recogemos en Pablo Rocca: *El 45 (Entrevistas/Testimonios)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2004, pp. 127-128.

sensibilidad-media-colectiva, digamos *transsocial*, es decir, capaz de infiltrarse en diversas clases, se encontraron casi especularmente con la imagen-icón del poeta que los encarna, aunque en una lengua ininteligible para un espectador de lengua española. Lo cual, quizá, le da cierto lugar al enigma que viene, de ese modo, a potenciar el mito del escritor que en la era posmoderna necesita de la visibilidad pública para que su obra se conozca más allá de las sectas letradas.<sup>6</sup> Tal experiencia dio excelentes resultados de público y, algo difícil de esperar, de crítica. Tanto, que Subiela concentró su película siguiente en los textos poéticos de Benedetti (*Despábilate, amor*, 1996), ya no tan admirada por los muchos y, menos aún, por los otros pocos.

Si el cine representó un venero de captación de receptores dispuestos o entrenados, la canción popular que hacia los años 60 Benedetti empezó a componer en Uruguay para prestigiosos intérpretes, será otro canal para el incremento de la aceptación de su literatura entre las multitudes que, en principio, se formaban por las clases medias. Para verificar lo anterior, alcanza repasar la multiplicación de sus letras en las voces del dúo Los Olimareños o de los solistas Viglietti, Alfredo Zitarrosa, Eduardo Darnauchans, Nacha Guevara y, para la conquista de mercados mayores, sobre todo desde el fonograma *El Sur también existe* (1986), de Joan Manuel Serrat, que se compone íntegramente de textos escritos por Benedetti.

Cine y canción favorecieron, en suma, la difusión de sus libros. Parte de esa dinámica estaba prefigurada en «El presupuesto», uno de los primeros cuentos del autor, originalmente publicado en 1949, en el que un grupito de montevideanos comprimidos en el angustioso reducto de la oficina pueden liberarse de esa rutina de grises expedientes concurriendo, noche a noche, a los estrenos cinematográficos y, al tortuoso día siguiente, comentarlos con fruición en el opresivo topos burocrático. Únicamente la imagen del «séptimo arte» los transporta y les genera la ilusión de estar a salvo de la cruda realidad.

El ejemplo de *La tregua* muestra a las claras la intercalación de dos sistemas, literatura y cine. Algunas cifras dicen mucho: hasta noviembre de 1974 –año del estreno de la película dirigida por Sergio Renán, que se funda en la novela– el libro había alcanzado veinte ediciones en varias lenguas, la mayor parte en español. Y, dentro de este marco lingüístico, el grueso de su público se concentraba en las dos márgenes del Plata. En poco más de ese lapso, desde 1975 hasta septiembre de 1993, la novela obtuvo otras ochenta y dos ediciones. No cuadruplicó su ritmo editorial, sino que multiplicó los tirajes, ahora en los poderosos mercados de México, España y Colombia, con excelentes posibilidades de distribución hacia otros países de habla hispana. Considérese, no obstante, que en los primeros tres meses de exhibición solamente en las ciudades rioplatenses merodeaban el millón los espectadores de la versión fílmica de *La tregua*.

Los comienzos de la década del 70 marcan un límite decisivo para la peripecia vital de Mario Benedetti y, también, para la recepción de su obra. Tres factores básicos coincidentes, en ese momento, tanto exógenos como endógenos, condicionaron esa frontera:

*Primero.* La acelerada decadencia de la democracia uruguaya –otrora estable y ejemplar– y la explosión de la siempre menos erguida institucionalidad argentina. Estos procesos desembocan en dictaduras feroces que se imponen en 1973 (Uruguay) y en 1976 (Argentina), si bien en este último país, durante el gobierno de María Estela Martínez de Perón (1974-1976) ya estaba instalado el terror. Benedetti,

6 Y que acompañó las constantes intervenciones televisivas de Benedetti en cuantos puntos de América o de España ha tocado de continuo, digamos desde 1984. Agréguese la aparición de, por lo menos, un filme sobre su vida y su obra: *Palabras verdaderas* (2003), dirigido por el uruguayo Ricardo Casas.

siempre enfrentado con franqueza y coraje a la política de la derecha, por este clima de inseguridad y por las amenazas de que es objeto, se vio obligado a emigrar. La doble circunstancia de persecución y forzado (y apresurado) desarraigo rioplatense, sin embargo lo enlazó con otros mercados más vigorosos, por más que había atravesado un pasaje anterior por París y una larga estadía en La Habana, donde sus contactos con el mundo intelectual latinoamericano le habían abierto horizontes mayores a los que podía apreciar desde Montevideo, y donde se había incorporado al debate latinoamericano que se atizó con la aparición de la revista *Mundo Nuevo*. Una larga carta fechada en París, el 2 de agosto de 1966, remitida a Idea Vilariño –y que hasta ahora se encuentra inédita–, revela esa firme transición.

Simplemente le digo que mi impresión de Cuba fue promedialmente buena y sobre todo estimulante. [...] Mi trabajo en la Radio [en París] (empecé en mayo y concluiré el 31 de agosto) es agradable y me deja casi todo el día libre, ya que el horario es de 22 a 3 de la madrugada. [...] Tengo que traducir directamente noticias del francés al español, y leerlas luego frente al micrófono en los boletines para América Latina. [...] En setiembre (siempre que nos lleguen los correspondientes pasajes) iremos por quince días a Hungría, en base a una invitación que me hicieron los húngaros cuando estuve en Cuba. En octubre iremos a Checoslovaquia y allí estaremos (siempre que nos lleguen las visas y los pasajes) hasta fin de año: daré un curso en la Universidad de Praga y [en] la de Bratislava sobre literatura latinoamericana contemporánea. Después tal vez vayamos a Italia y a España, donde tengo que concretar algún trabajo de traducciones con Seix Barral (del alemán al español). [...] Yo creo que si las cosas nos ruedan como hasta ahora, estaremos todavía un año más; si no nos ruedan y se acaba antes la plata, habrá que volver cuando se produzca ese acontecimiento.<sup>7</sup>

Un lustro después, cuando el aire se hizo irrespirable en el Río de la Plata, su posición en el campo intelectual latinoamericano había pasado de la modesta segunda fila al centro del espectro, en una filiación clara con la política de la Isla. Pero al mismo tiempo que las desventuras personales pusieron en serio peligro su vida, la apertura democrática que se procesa en España luego de la muerte de Franco –ocurrida en noviembre de 1975– acelera el negocio del libro hispanoamericano en la Península. Por otro lado, desde el triunfo de la Revolución Cubana (1959), los escritos políticos de Benedetti cobraron un tono cada vez más «latinoamericano» o «tercerista» (latinoamericano y tercerista), y sus textos, de todas las formas discursivas, hallaron un sesgo más insurreccional, en particular desde *Poemas del hoyporhoy* (1961) y *Gracias por el fuego*. Estos senderos que se cruzan en un momento de riesgo le suman más público, añadiendo a sus posibilidades estéticas las expectativas de miles y miles de personas que, en distintos puntos de la América Latina y –también– de quienes actuaron contra el franquismo, sintonizaron de inmediato con la prosa comunicativa y la ácida visión benedettiana del estado de cosas. La crisis política, social y económica latinoamericana –para España, se diría, solo política–, son motivos que empiezan a aparecer, y a repetirse, en la literatura de Benedetti también en poemas y en narraciones.

*Segundo.* De modo paralelo a la marea autoritaria en la América Latina, se produjo la particular democratización de España. Una vez eliminada la censura franquista, como se dijo, este país recupera su hegemonía editorial clausurada cuatro décadas atrás, que desde la Guerra Civil se había desplazado

7 Carta a Idea Vilariño. Original mecanografiado en cuatro folios, a un espacio, con correcciones y firma manuscrita. Debo a la generosidad de la poeta Idea Vilariño (1920-2009) la posibilidad de consultar este documento, cuyo original se encontraba en su poder.

a México y, sobre todo, a Buenos Aires.<sup>8</sup> Benedetti, a quien el régimen de Franco había perjudicado impidiéndole publicar *Gracias por el fuego* –novela beneficiada con una mención en el concurso de Seix Barral–, pudo, al fin, editar sus obras en ese país, las que consiguientemente pasaron a distribuirse mucho mejor que antes por todos los ámbitos de la lengua.

*Tercero.* Como ya se indicara, también desde los 70 se aceleró el empuje de tres sistemas semióticos masivos que acercarán la obra de Benedetti a las mayorías: la canción popular (asociada a su difusión radial, fonográfica y televisiva), el cine y hasta alguna serie facturada especialmente para televisión, como la que se hizo en México sobre *Gracias por el fuego*.<sup>9</sup>

La combinación de estos tres factores desmiente la acusación de oportunismo creativo que alguna vez recayó sobre el autor. Como la que lanzó, sin anestesia, su ex compañero de tareas en la revista *Número*, el poeta Sarandy Cabrera: «Benedetti tiene una mentalidad de empleado. Él mira dónde hay una zona que aparentemente tiene público y ahí mismo empieza a operar». <sup>10</sup> Ya José Emilio Pacheco ha señalado que Benedetti «no buscó el éxito ni ha dejado nunca de ser fiel a sí mismo, a sus obsesiones y a los azares del cruce de su biografía con la historia de todos. Ha escrito lo que muchos sentíamos que necesitaba ser escrito». <sup>11</sup> Dicho de otro modo: desde el lenguaje de la tribu ha interpretado los sentimientos de una porción activa y bulliciosa, como nadie había sido antes capaz de hacerlo y como algunos, más preocupados por búsquedas prioritariamente formales, no pudieron o no se animaron a hacer.

### 3. Aldea global

Antes de la catástrofe política del viejo Uruguay liberal, el discurso crítico vernáculo no solo había visto en la obra de Benedetti la expresión de las clases medias sino de su espacio social en el que este sector era dominante: Montevideo. En 1966, ese acuerdo corriente en tantas lecturas fue sintetizado con elegancia –por cierto que con un sesgo conservador– por Emir Rodríguez Monegal:

La [novela] menos localizada, *Quién de nosotros*, ya revela esa psicología inconfundible de esta zona del Plata. Se advierte no solo [...] en los resentimientos de la clase media uruguaya contra los pitucos [...] o en el resentimiento nacional contra países poderosos [...]. Alegóricamente, pues, las novelas diagnostican con toda claridad los males del país.<sup>12</sup>

8 Véase Jorge B. Rivera: *El escritor y la industria cultural*, Buenos Aires, Atuel, 1997 y José Luis de Diego (ed.): *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.

9 Me veo en la obligación de anotar un testimonio personal que tiene algún valor para la argumentación que se desarrolla aquí. En 1984, cuando agonizaba la dictadura uruguaya, fui testigo y espectador algo atónito de la divulgación, por el canal de televisión uruguayo Saeta (10), de una producción en serie sobre *Gracias por el fuego*. Ignoro a quién correspondió la dirección de esta serie. Recuerdo, sí, que tanto la interpretación como la escenografía eran, para decirlo de un modo delicado, pésimas. No obstante, eso permitió retomar un contacto al público uruguayo con una obra, la de Benedetti, que hasta entonces –cuando comenzó una tímida apertura– había sido férreamente censurada, al punto que la dictadura perseguía minuciosamente cuanto libro de Benedetti se hallara en librerías de viejo o en puestos de venta callejeros. Y, desde luego, se prohibía la importación de los títulos editados en el extranjero.

10 Rosario Peyrou: «Con Sarandy Cabrera. Publicar poesía es una afirmación de vida», *El País Cultural*, No. 45, Montevideo, 24 de agosto de 1990, p. 3, entrevista.

11 José Emilio Pacheco: Prólogo a *Cuentos completos*, de Mario Benedetti, Buenos Aires, Seix Barral, 1994, p. 14.

12 Emir Rodríguez Monegal: «Sobre un testigo implicado», *Mario Benedetti. Variaciones críticas*, Jorge Ruffinelli (coord.), Montevideo, Libros del Astillero, 1973, p. 52. Artículo publicado originalmente en 1966.

Resulta ilustrativo que tres años después, desde una perspectiva ideológica diferente a la del crítico uruguayo, Roberto Fernández Retamar defiende la misma hipótesis, extendiendo la tipicidad mesocrática montevideana a todo el Uruguay: «Benedetti es un moralista preocupado por la conducta de sus conciudadanos y de su país». <sup>13</sup> Es decir, desde el lugar ideológico que se quiera, la observación es de consenso.

También 1973 representa una fecha límite para la evaluación crítica de la obra benedettiana. En ese año terrible se publicó en Montevideo el primer volumen de asedios colectivos a su obra, coordinado por Jorge Ruffinelli, en el que se reunieron una docena de ensayos escritos en distintas latitudes. Casi todos los exégetas de la compilación insisten en destacar, y aun en rescatar como virtud máxima de sus relatos, aquello que la literatura de Benedetti tiene como diagnóstico, balance y crítica de la mentalidad de la clase media montevideana. De ese modo –se dice una y otra vez– el autor se alejó a fines de los años 40 de la hegemónica narrativa de asunto rural, siguiendo el otro sendero de las letras uruguayas, el del proyecto urbano según el trazado de Juan Carlos Onetti, tanto en sus artículos de *Marcha* en el período 1939-1941 como en su *nouvelle El pozo*. Entre otros, Carlos Martínez Moreno había indicado que en *Quién de nosotros* (1953), Benedetti conquistaba la superación técnica del «abotagado realismo rural» uruguayo. Esta perspectiva se había hecho lugar común en 1973 y aun era alentada por el propio Benedetti. En su prólogo a la cuarta edición de *El país de la cola de paja* (originalmente publicado en 1961), el autor apunta que este es el libro que le importa más entre todos «porque la simple operación de escribir contribuyó a aclarar algunas de mis dudas y me ayudó a tomar decisiones» sobre los problemas nacionales y, por extensión, sobre el destino latinoamericano a poco del triunfo de la Revolución Cubana.

La férrea lógica de estas lecturas deterministas se resquebrajó en estas últimas décadas. Su literatura viene seduciendo a miles de hispanoamericanos, aunque no haya tenido la misma suerte en Brasil, donde se lo ha editado poco, o en Francia, donde se lo conoce aún menos. Se podría hablar, entonces, de una transferencia de los ideales, las normas de vida, la sensibilidad y las categorías de ese lector-medio, con los escritos de Benedetti o con los mensajes e ideogramas que se desprenden de la veintena de filmes que se han rodado en base a sus textos. Se trata de lo que podríamos definir como un *lector adicto*, que en Montevideo, Buenos Aires, México o Madrid ha llenado recitales y ha agobiado al escritor solicitándole autógrafos, con similar fanatismo al que se comportan los seguidores de un cantante de *rock and roll*. Si bien esa gran columna involucra al adolescente que despierta su interés por la poesía (o por la poesía a la manera benedettiana) y el adulto que incursiona en forma asistemática en estos territorios, ese *lector-tipo* de Benedetti es, básicamente, de una cultura literaria media, radical en sus posturas políticas o al menos crítico con las estructuras del modelo político conservador, escéptico ante los convencionalismos burgueses, cargado de contradicciones personales y derrotas colectivas, aferrado –todavía– más a certezas que a perplejidades. Repárese en algo nada menor: se habla aquí del *lector* en el sentido literal del vocablo, no del receptor de su tentacular textualidad que se puede manifestar a partir de los medios masivos de comunicación.

En los artículos y en la cascada de entrevistas que ofreció, por lo menos desde 1974, Benedetti acentuó la nota de radicalismo político. Una radicalidad que tiene su plataforma en la adhesión al proceso político cubano, en su mirada cáustica sobre la crisis uruguaya anterior al golpe de Estado, en los cercanos terremotos del socialismo y las permanencias más atroces de un capitalismo neoliberal que ha multiplicado la exclusión. Este es un aspecto fundamental para entender su vínculo con el *lector adicto*. Carlos Real de Azúa señaló algo acerca de *El país de la cola de paja*, que puede servir como

13 Roberto Fernández Retamar: «La obra novelística de Mario Benedetti», en ob. cit, en n. 12, p. 60.

canon para casi todas sus páginas de tipo político: sus reflexiones son el «testimonio de la desazón de la *intelligentsia* mesocrática ante el país, de la insatisfacción de las nuevas promociones dotadas de un sentido crítico ante el «Régimen» y los mecanismos que más directamente tienen contactos con el quehacer del intelectual». <sup>14</sup> Es cierto que, con otros registros, esta actitud se generalizó en los cuadros intelectuales latinoamericanos, como lo ha estudiado Claudia Gilman en su libro *Entre la pluma y el fusil* (Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2003). Pero Benedetti logró vivir mejor o más intensamente que otros una experiencia amplia de la idea de la revolución promovida por Cuba, un poco porque se pasa con armas y bagajes a esta perspectiva viniendo de una formación «descomprometida» y eurocéntrica en grados difíciles de experimentar en otro lugar que no fuera Montevideo, otro tanto porque para dar ese salto ya traía consigo la actitud de sospecha, de amargura e inconformismo de todo integrante lúcido de la clase media de estas latitudes. En ese tránsito, sus textos y declaraciones, su contradiscurso del poder y hasta su imagen personal, sobre todo su rostro que en la vejez exhala bonhomía y hasta cierta candidez –dos particularidades que han sido explotadas por sus editores en fotografías en que se lo ve en general sonriente–, lo transformaron en un guía de públicos radicales o críticos, disconformes y simultáneamente esperanzados en un vago cambio futuro, en la promesa de un mundo mejor que este, que más se parece «a una colección de erratas». <sup>15</sup>

No es ningún enigma que esa insatisfacción, esa sensación de incomodidad con uno mismo, sea una norma para estos sujetos sociales de cualquier país llamado occidental. Máxime cuando a partir de 1960, desde los Estados Unidos hasta los Estados satélites o dependientes de estos, los sectores medios más directamente asociados al consumo de alta cultura, han visto erosionar sus rentas, mientras emergieron otros que ahora se sienten atraídos por el consumismo y los resultados culturales de la instantaneidad. Aun más: en el exilio, los alcances de Benedetti como polemista aumentaron de temperatura y acrecentaron su imagen de escritor público en España. Baste solo recordar sus ásperas discusiones con Vargas Llosa o las réplicas simultáneas a tres importantes escritores españoles desde *El País*, de Madrid, en la etapa de auge de este diario: Juan Goytisolo, José Ángel Valente y Francisco Umbral.

A partir de estas proposiciones, cabría indagar qué tipo de configuraciones pudo radicar en la clase media y en la sociedad montevideanas de la primera mitad del siglo xx, que permitieron hacer una literatura que se compenetró con ellas y, a la larga, por qué esa misma red textual pudo atrapar lectores de horizontes culturales en apariencia tan distantes. Dicho de otra manera, qué ingredientes «globales» residían en la aldea moderna montevideana cuando Benedetti escribió decenas de relatos, cuánto de universal entraba en ese marco que formó a un escritor de sus características. Observado desde los filmes contruidos sobre sus narraciones hay una respuesta posible ya que, al revés de lo que proponían las primeras interpretaciones de su obra, esa sociedad y ese paisaje montevideano admitió la disolución de un medio que se creía insoslayable para la ubicación de sus historias. Eso ocurrió con la versión de *La tregua*, de Renán, en 1974, filmada íntegramente en Buenos Aires, o en *Gracias por el fuego* (1983), del mismo director, que se sustrae a casi toda referencia, sea calle, monumento o edificio montevideano, si se exceptúa algún fugaz y por cierto icónico ómnibus de la empresa Cutcsa, y un paseo en auto de Ramón Budiño (encarnado por Víctor Laplace) por la también rambla de Pocitos, paisaje corriente para cualquier montevideano o para cualquiera que, alguna vez, haya entrevistado esta ciudad. Desde luego, nada de raro tiene un autobús en un marco urbano –la firma comercial, en todo

14 Carlos Real de Azúa: «Mario Benedetti (1920)», *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*, t. II, Montevideo, Departamento de Publicaciones, Universidad de la República, 1964, p. 516.

15 Mario Benedetti: «Extravíos», *Defensa propia*, Buenos Aires, Seix Barral, 2004, p. 64.

caso, estimulará en el espectador avezado la conexión localista–, y mucho de europeo y moderno tiene una rambla de la belleza y la elegancia de la montevideana, tan señorial en esa zona de la ciudad antes de que la piqueta fatal de las empresas asociadas a la dictadura construyeran una cadena de insulsos edificios.

El cine demostró que la literatura de Benedetti y el contexto que la había vivificado tenían mucho de «occidental», y muy poco del color local que él mismo enfatizó en sus primeros textos cuando, una vez y otra también, declaró la imposibilidad de imaginar otra psicología que no fuera la del montevideano de clase media.<sup>16</sup> De hecho, el inconformismo perpetuo, el deseo de ascender hacia escalones más altos, el pánico a descender siquiera uno de esos mismos escalones, el difuso o el claro sentimiento antimperialista que –según la curiosa opinión de Rodríguez Monegal– sería propio de las mayorías habitantes en la urbe montevideana, en rigor lo son de cualquier polis latinoamericana europeizada y, por supuesto, ibérica, en la época de las «ciudades masificadas» de las que habla José Luis Romero.<sup>17</sup> Los estremecimientos se hacen más fuertes en el período que Tulio Halperin Donghi llama la «crisis del orden neocolonial», entre 1930 y 1960:

Las clases medias aunque convertidas al más extremo (y a menudo obtuso) conservadurismo político, no entienden renunciar a su nivel de vida anterior a la crisis: tras de formar en el cortejo de las revoluciones restauradoras, les crean de inmediato los más graves problemas; las huelgas de sectores de clase media (los bancarios, mercantiles, maestros) suelen tener en Latinoamérica una combatividad inusitada.<sup>18</sup>

Después de varias décadas apacibles, aunque no exentas de tensiones, la sociedad uruguaya de los 60 –urbanizada, a su escala, como ninguna otra de la América Latina; liberal, alfabetizada, europea, heterodoxa–, ostentaba óptimas condiciones para las diversas modalidades de la insurrección, para la movilización estudiantil y obrera, para la emergencia de movimientos guerrilleros urbanos. Antes que la Argentina o que Chile, Uruguay contó con un proceso de modernización política, social y educativa que se encaró con decisión desde la segunda década del siglo xx. Ese modelo exitoso tendió a consolidar una mesocracia urbana y laica, quizá sin la solidez brillante que le atribuyó la nostalgia de ese «paraíso perdido» cuando todo empezó a precipitarse,<sup>19</sup> pero que de todos modos desparramó su axiología y su visión del mundo hacia los demás sectores. En cambio, el país que se resquebraja a fines de la década del 50, viene a ser una especie de hijo con múltiples malformaciones del proyecto imaginado o, mejor, liderado por José Batlle y Ordóñez hacia 1910. Ese es el Uruguay que encuentra a su juez más empecinado en la obra de Benedetti, el país o –mejor– su macrocéfala capital, que el escritor conocía a fondo.

Pero ni la crisis de los modelos socialdemocráticos ni la corrupción ni los prejuicios ni la mediocridad son privativos de Montevideo o de sus habitantes. Por eso un lector limeño o mexicano, empapado en estas desdichas e imbuido de una moral no sin cierto dejo de puritanismo, puede recibir las ficciones

16 Véase esta afirmación en numerosas de las entrevistas recogidas en Pablo Rocca (comp.): *Mario Benedetti. Respuestas al azar*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1997 (recopilación de una decena de entrevistas de distintas épocas a Mario Benedetti).

17 José Luis Romero: *Latinoamérica, las ciudades y las ideas* [1976], Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2001.

18 Tulio Halperin Donghi: *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial, 1969, p. 471.

19 Véase, al respecto, Alfredo Errandonea (h.): *Las clases sociales en el Uruguay*, Montevideo, CLAEH/ Ediciones de la Banda Oriental, 1989.

benedettianas como si se le hablara de su realidad. Por eso, también, en la versión fílmica de *La tregua* pudo troncharse el medio urbano en que se gestó la novela sin que esto representara una pérdida severa con relación a la narración literaria. No obstante, en su momento ese traslado de la acción desde la capital uruguaya a Buenos Aires fastidió al escritor. Así lo hizo saber en un artículo que escribió especialmente para *Marcha*, donde elevó su protesta: «No pueden existir hoy ni Santomé ni Avellaneda [...] que no lleven en sus pupilas, en sus corazones y en su memoria, la imagen de tanto dolor como el que ha acumulado el contorno en estos últimos años».<sup>20</sup>

Con lo que estaba reclamando una reescritura en el guión fílmico que él no estuvo dispuesto a afrontar con su propio texto. Muy a pesar del *aggiornamento* ideológico a que hubiera aspirado el autor, la historia de amor entre Santomé (Héctor Alterio) y Avellaneda (Ana María Pichio) resulta estrictamente fiel a la línea central del relato literario, más allá de las abundantes ingenuidades del planteo narrativo del filme. Vista la película más de treinta años después, el reclamo de Benedetti solo puede importar como una más de sus intervenciones en el campo intelectual y político de esa época de peligro. La molestia, por segura presión del autor, fue subsanada a medias por Renán en la adaptación de *Gracias por el fuego*. En este filme el cinismo de Edmundo Budiño, capitalista inescrupuloso que interpreta Lautaro Murúa, se conserva en forma casi exacta. Paradójicamente, se ausenta el juicio específico sobre el corroído Uruguay liberal, aspecto básico en la novela, con certeza porque una operación de este tipo podría enajenar públicos mayores, ya que el filisteísmo moral –algo que siempre desvela a Benedetti– y el «acomodo» no son patrimonios exclusivos de una sola burguesía. Al menos el autor debió quedar satisfecho porque las críticas al *establishment* que se encuentran en *La tregua* –por ejemplo, su balance agrio de la prensa conservadora– desaparecieron en la película en favor de una más alta gravitación de lo que, en verdad, es más absorbente: la historia de amor. Mientras que en *Gracias por el fuego*, el narrador mueve todos los hilos de la historia en función del áspero y hasta repulsivo ambiente burgués, lo cual se recupera en el filme de principio a fin: desde la toma inicial sobre la manifestación obrera contra el todopoderoso Edmundo Budiño –presenciada por su atribulado hijo Ramón– hasta la patética imagen de Edmundo, quien implora a su amante que no lo abandone.

Sin embargo, la tan defendida *montevideanidad* de estas novelas –revisitadas desde sus versiones cinematográficas– vuelve a ceder. Los lugares y las menciones uruguayas que se encuentran a lo largo de *Gracias por el fuego*, no confunden ni marean al lector extranjero, puesto que el referente concreto está atenuado en su significación, algo que no podría evitarse en una novela regionalista y aun en algunos productos de la novela de vanguardia urbana del ciclo 1920-1940, como en los textos de Roberto Arlt o de Leopoldo Marechal. Súmese a esto el empleo de un castellano relativamente estándar –apenas invadido por algunos coloquialismos rioplatenses– que se hispaniza (o se «desuruguayiza») con la alusión a calles montevidéanas llamadas Mercedes, Ganaderos o Garzón; barrios que se denominan Punta Gorda o Paso Molino; ciudades del interior que se llaman Durazno o San José. Ni con esas circunstancias ni en tal nomenclatura un lector madrileño, por ejemplo, puede encontrar los rastros del exotismo que tal vez reclamen otros lectores del mundo desarrollado, como en apariencia serían los franceses, en general propensos al consumo del realismo mágico y sus permutaciones. Más allá de las virtudes técnicas del relato, esto podría explicar la reedición de *Gracias por el fuego*, una historia quizá nada inactual para la sociedad española contemporánea. Una sociedad que, después de

20 Mario Benedetti: «*La tregua* y su contexto», *Marcha*, No. 1 674, Montevideo, 8 de noviembre de 1974. Recogido en Mario Benedetti: *45 años de escritos críticos*, recopilación y prólogo de Pablo Rocca, Montevideo, Cal y Canto, 1994, pp. 227-231.

vivir exilios dilatados y represiones inclementes –problemas asiduos en las ficciones del Benedetti posterior a 1974–, entró cada vez más aceleradamente en la modernización económica, al tiempo que optó por un pacto de silencio y de olvido sobre los enfrentamientos y las barbaridades más próximas.

También en este plano de la ética, los lectores españoles y, desde luego, hispanoamericanos, encuentran en la obra de Benedetti una respuesta, es cierto que no siempre muy compleja, a sus interrogaciones –y sus convicciones– más acuciosas. Porque, como dice el título de uno de sus libros de poemas, *el olvido está lleno de memoria*. **C**



Premio Casa de las Américas 1989. Recital de MARIO BENEDETTI en la Plaza Ignacio Agramonte de la Universidad de La Habana